



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

Granada
50

CONQU
DE
GRANA

A-6

2

15

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-6

Tabl. 2

N.º 15



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

R. 1126

GONZALO DE CÓRDOBA



6

LA CONQUISTA DE GRANADA

SUMARIO ESCRITA

POR EL CABALLERO FLORIAN.

PUBLÍCALA EN ESPAÑOL

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA TOMO II.

Donativo del Sr. Conde de
Roqueras á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

MADRID.

EN LA OFICINA DE DON BENITO CANO.

1794.

GONZALO DE CÓRDOBA

6

LA CONQUISTA DE GRANADA.

SUMARIO DEL LIBRO VI.º

*I*sabel junta sus Generales. Discurso y proyecto de la Reyna. Executa sus vastos designios. Trabajos de los Españoles. Convalecencia de Gonzalo. Sus amores con Zulema. Llega Muley-Hassem con tres Abencerrages. Nueva que trae uno de ellos. Zulema es prometida al vencedor de Gonzalo. Hablan la Princesa y Gonzalo, y se revelan sus secretos. Zulema da armas á Gonzalo. Parte con los Abencerrages y descúbrense. Combate el héroe con los tres Moros. Sale vencedor, y va á unirse á su ejército.



LIBRO SEXTO.

¡R Religion! cuán grande es tu poderío! ¡Quántas virtudes te deben los hombres! ¡Dichoso el mortal que, penetrado de tus sublimes verdades, halla en tu seno, asilo perpetuo contra el vicio, refugio contra la adversidad! Miéntras la inconstante fortuna sonríe á sus inocentes deseos, pasando días tranquilos y serenos, tú aumentas su hermosura, y añades nuevo placer al bien que hace á sus semejantes, exáltando las delicias de una accion virtuosa. Tu severidad misma es un beneficio; pues quitando de la felicidad lo que pudiera corromperla, no prohibes querer, sino lo que el rubor impide amar. Pero si la suerte contraria oprime á una alma

obediente á tus leyes santas, entónces es quando le sirves de mas apoyo. Sin prescribir la insensibilidad, que la naturaleza hace imposible, tú nos enseñas á soportar los males, permitiéndonos afligirnos, y baxas en los corazones angustiados á calmar sus penas mortales, presentándoles la esperanza última, sin ahogar nunca aquel sentimiento puro de donde nacen á un tiempo el padecer y el vivir.

La noble y piadosa Isabel solo encuentra en su religion, fuerza para sostener sus penas. Llena de dolor por la pérdida de un yerno, por la desesperacion de una hija, por la desgracia de sus armas, se refugia en el seno de su Dios, y éste le manda pensar en su pueblo. La desgraciada madre encarga á Serafina y Leocadia, la viuda de Alfonso, haciéndolas retirar á Jaen, y, libre ya de este cuidado,

dan-

(7)

dando treguas al llanto, junta al rededor de sí su esposo y sus principales Xefes, y les dirige estas palabras.

Compañeros, en otro tiempo de mi gloria, hoy de mis desdichas, vosotros á quienes debí tantos triunfos, á quienes la fortuna no ha desamparado sino una sola vez, ya veis los tristes efectos del ataque imprevisto de los infieles. Los Españoles han perecido entre sus manos; los almacenes están abrasados, nuestras tiendas consumidas, el enemigo glorioso reposa delante de sus muros, y nosotros velamos con la espada en la mano, sobre las cenizas ensangrentadas de un campo destruido. Ya es preciso escoger, valerosos Castellanos, ó una paz vergonzosa, que cubra de oprobio el nombre Christiano, ó una constancia heroyca, que nos vuelva nuestro honor.

nor. ¿Y en qué ocasion, justo cielo, iriamos á pensar en una paz vilipendiosa? Quando los tesoros, acumulados en largo tiempo, me evitan el dolor de nuevos impuestos; quando mi himeneo con Fernando dobla mis soldados y mi poder; quando la discordia conduce á los Moros á su ruina. Un Rey cruel y pusilánime vacila sobre el trono usurpado; los Abencerrages han abandonado el tirano pérfido y feroz, la Francia es mi aliada, el África tiembla á mi nombre, mis armadas cubren sus mares, Gonzalo en fin va á llegar. ¿Qué ocasion mas favorable se nos ofrecerá jamas para libertar la España, vengándola de ocho siglos de afrentas? Amigos; yo deseo mas que vosotros la dulzura de la paz; sé que el primer bien es el reposo de la nacion, necesario para las tareas de un buen Rey; yo pretendo

aségarlo á mis descendientes. Ellos tendrán, mejor que yo, los talentos y las virtudes grandes que hacen florecer los Estados; pero no tendrán sin duda los dignos héroes, que yo tengo, que saben conquistarlos. Conozco toda nuestra pérdida, veo todas las desgracias que nos afligen; pero poco ha que los Musulmanes eran todavía mas dignos de lástima. La desesperacion los ha salvado. La vista de sus tiendas ha desanimado á nuestro ejército: una empresa grande ha de desanimarlos ahora. Si ellos han formado un campo, yo quiero edificar una ciudad, y que nuestras murallas se opongan á las de Granada, anunciándoles una espaciosa plaza, que esta tierra es desde ahora nuestra patria.

Dixo, y los Xefes admirados guardan el silencio. Fernando mismo suspenso, no osa aplaudir sus intentos ar-

rojados. Isabel, ayudada de la elocuencia y la razon, explica sus vastos designios. Las canteras abundantes, los bosques espesos que rodean á Granada, los rios que serpentean por los valles, suministrarán materiales para construir una ciudad: cien mil brazos, empleados en el trabajo, guardados de veinte mil Guerreros, cercarán, en poco tiempo, de torres el recinto destinado á este fin; y al abrigo de ellas, acabarán los Españoles las habitaciones de los ciudadanos. Dueños de los caminos de Andalucía, se apoderarán fácilmente de Granada; y los Moros, deshechos, cerca de una plaza fuerte, poblada de soldados veteranos, perderán la esperanza de sacudir el yugo de los vencedores.

Fernando, Lara, todos se rinden á tales razones, y admirando á Isabel, todos quieren que la ciudad tenga el



nombre de la augusta Reyna. La modestia no le dexa aceptar esta ofrenda: yo agradezco, responde, vuestros deseos; pero no he llegado á merecer este honor: todos peleamos por la fe; por extender su imperio van á elevarse estos muros: llamémosla *Santa Fe*, y este nombre asegura su duracion.

Ya van todos á cumplir los deseos de Isabel. La Reyna escoge el sitio, y á su vista se trazan los muros: los correos parten á Castilla, Valencia y Andalucía, pidiendo víveres, soldados y trabajadores: el Rey de Aragon atrincherado, no teme nuevo ataque: el ejército se dispone para trabajar, y Lara se regocija interiormente, viendo que esta empresa dará tiempo á Gonzalo para llegar y vencer.

Gonzalo empezaba á recobrar la vida y las fuerzas. Las gracias de la juventud habian vuelto á su rostro, y
la

la palidez le adornaba á los ojos de la que no ignoraba la causa. Zulema siempre á su lado, venciendo su timidez, le preguntaba por su nacimiento, su patria y sus hazañas. El héroe baja los ojos y calla. La Princesa no quisiera insistir; pero este silencio y el del cautivo Pedro, turbaban la felicidad de que se lisonjeaba.

Pasaron algunos dias, llevando cada mañana la amable Zulema, á Gonzalo; apoyado sobre su brazo, á la sombra de los mirtos y los naranjos. Sentados á la orilla de un cristalino arroyuelo que atravesaba el bosque; ámbos gozosos de la dicha de verse juntos; alargaban estos dulces ratos, preciosos á los amantes, en que nada de lo que hablan es importuno, en donde el interrumpirse á sí propio no impide el ser entendido; en donde se afecta hablar de todos los objetos in-
di-

diferentes, sin dexar de hablar del único objeto que interesa. Lo plácido del sitio, la calma del ayre, el perfume de las flores que coronaban sus cabezas, el mormullo del agua rápida que corria por sus pies encima de las arenas de oro, el zumbido de las abejas volando sobre los iris sembrados por la orilla, todo aumentaba la suave languidez que los dominaba. Las pláticas empezadas, las cortaba á veces un profundo silencio. Los ojos mirando al suelo, se encontraban al levantarlos, apartándose de nuevo. A veces una lágrima, un suspiro de Zulema, animaban á Gonzalo á hacer alguna pregunta, que quedaba sin respuesta, y Gonzalo no se atrevia á quejarse sino con sus suspiros. Zulema que llevaba siempre consigo su laud, temerosa á veces de oír lo que no ignoraba, solia cantar al héroe aquel
an-

antiguo romance de los amores des-
graciados de Fernando y Elzira.

Vencido en infausta guerra
de un Príncipe Moro esclavo,
al triste son de los grillos,
suspiros lanza Fernando.

No las delicias perdidas
lamenta de aquellos campos,
donde por la vez primera
le viéron del sol los rayos.

Ni le amarga la memoria
de sus padres, que entre llantos
sin esperanza le llaman
desde el oriente al ocaso.

Elzira; la hermosa Elzira,
hija del Rey Africano,
es la que llorar ordena
á su pecho enamorado.

¡Amor, Amor! ¿quién resiste
á tu omnipotente brazo?
desde el pastor al monarca
triunfante arrastra tu carro.

Dígalo la tierna Elzira,
que en la llama de Fernando
ardió; y dixéron sus ojos
lo que callaban sus labios.

Yo te amaré eternamente,
dice en su mirar Fernando;



Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

y el de Elzira le responde:
ama, que el premio te guardo.

Se entienden; y Amor los guía
á sus templos solitarios,
de donde terrible ahuyenta
al insensible profano.

Allí, dó entre áridos montes
en precipicios tajados,
se despeñan estruendosos
torrentes mil espumando;

El amor les da su copã,
y en deleytosos letargos,
en la márgen del abismo
los va adormeciendo falso.

Ya la prudente cautela,
ya su opinion olvidaron;
Amor dó quier los rodea,
y es ciego el Amor é incauto.

¡Ay! que sus tristes amores
resuenan ya en el palacio!
¡ay! que el iracundo oído
hieren del Rey Africano!

Del Rey, que el pecho de bronce
ni amante jamas, ni amado
en pos de los amadores
vuela respirando agravios.

Ministros de sus venganzas
le rodean sanguinarios
cien inflexibles sayones



de horrendas muertes armados,
 Despertad, salid, ó amantes,
 de ese funeral letargo,
 ántes que rotas las nubes
 descienda mortal el rayo.

¿No escuchais la herrada planta
 de los fogosos caballos,
 que hacen que temblando giman
 los ecos: allá lejanos?

Elzira asustada, atiende,
 vuela, registra, y Fernando
 el Rey.... exclama, y sus voces
 murieron en un desmayo.

Fernando se alza, duda,
 vaga con inciertos pasos,
 arde en furor, y resuelve
 arrojarle á sus contrarios.

Iba ya, quando de Elzira
 se acuerda, y lleno de espanto
 torna, y la ve desmayada,
 el rostro en sudor bañado.

Su palidez sostenia
 sobre un abismo un peñasco
 que va á caer, y hondo espera
 un torrente siempre opaco.

La ve, y palpita el amante:
 tres veces la nombra en vano,
 recoge su aliento, y posa
 en su corazon la mano.

¿No vuelves? clama: y oyendo
de un zéfiro el soplo manso
ver á su amada imagina
entré bárbaros soldados.

Lanza mil trémulos gritos,
y con el siniestro brazo
estrecha á Elzira, en la diestra
un corvo alfange empuñando.

Ella entretanto volviendo
lentamente va: sus labios
mueve, suspira; entreabre
la vista, y mira á Fernando.

La revuelve, y en el cielo
la clava; y luego posando
en su amador la cabeza,
prorrumpen en amargo llanto.

Llora, y; te perdí, le dice....

¿nos perderán?... ¡ah!... muramos,
no hay mas partido... la muerte
dulce me será á tu lado.

¡O Fernando!... única gloria
de mi corazón! te amo,
y te amaré... aquí llegaba
quando el Monarca Africano
parece, grita, amenaza;
mas con valor desgraciado
su hija sobre la roca
á su querido abrazando:
tened, tened, le responde,



Os juro que á un solo paso
 que adelanteis, al instante
 nos veréis precipitados.
 En las sombras de la muerte
 buscaremos el descanso,
 y el amor que aquí nos niegan
 vuestros pechos inhumanos.

Túrbase el Rey, y dudoso
 para : mas, ¡ay! que entretanto
 ansioso del premio á Elzira
 un sanguinoso soldado
 corre..... Deten, infelice,
 ¿dó vas? ¡gran Dios! se lanzaron
 los tristes : los vió el torrente,
 y abrió sus hondas bramando.
 Dió allí á sus amores tumba,
 y de entonces solitario,
 sin cesar oye á la roca
 clamar : ELZIRA Y FERNANDO.

Gonzalo oia llorando la triste y lamentable historia, que oprimia su corazón con las reflexiones que originaba. Suspenso, clavados los ojos en la Princesa, la contemplaba en silencio; pero sus lágrimas y sus miradas explicaban sus sentimientos. Zulema, igualmente pensativa, apartaba la vista po-

co á poco, volviéndola otra vez á él.] Ya habia acabado de cantar, pero el héroe la escuchaba todavía. Turbada y regocijada por la emocion que habia ocasionado, ocultaba con una mano el rubor que salia á sus mejillas, y con la otra, corriéndola por el laud, hacia sonar alguna cuerda, cuyos sonidos aumentaban la tierna melancolía y el suave placer que bañaba sus sentidos. ¡Feliz situacion de los amantes en que el encanto, el atractivo, la delicia del silencio recíproco, del recogimiento del alma, dexa á ámbos en libertad de conocer, de gozar de sus sentimientos mutuos, comunicándolos sin decirlos!

De este modo corrian los dias de Gonzalo y Zulema, entre placeres puros y suaves dichas, culpándose ámbos de no haberse confiado sus secretos. Gonzalo ocultaba que era Gonzalo: Zu-

Zulema no osaba revelar un misterio no ménos importante; temiendo cada uno caer en desgracia de su amante, y atraer su aborrecimiento. Este temor era el mayor suplicio, y al fin ámbos resolvieron á un tiempo declararse.

Princesa, dice el héroe, en viéndose solo con ella: sin duda voy á perder hoy la dulce amistad, que vuestro corazón se dignó concederme; pero mas quiero perder vuestra gracia que engañaros: sabed en fin lo que mil veces he querido descubrir, faltándome el ánimo para ello; y aun ahora mismo me veo indeciso, quando pienso que dentro de un instante, tal vez aborreceréis, y echaréis de vuestra presencia, al que no puede vivir sin vos, al que desde el primer dia en que os vió, sintió encenderse en su alma....

Señor, responde Zulema, temiendo la declaracion del amor, que quiere

sentir; pero no oir: honor y vida os debo, y creo que muy pronto Granada os deberá su libertad. Tantos títulos os han asegurado el reconocimiento mas vivo, que prescribe la virtud, y que es inseparable de ella. Mi padre llegará pronto, y sabrá que vuestro valor salvó su hija: su amistad y la de Almanzor, serán premio de este beneficio, y ¡oxalá que los lazos mas tiernos nos unan á los tres para siempre! Este es el desco mas grato á mi corazon, el único que puede manifestaros. Pero ya es tiempo de declararos el secreto; que mi padre ignora, ni Almanzor mismo supo nunca. Solo á vos he de confiarlo, y en habiéndolo oido quizá no tendréis nada que decirme.

Gonzalo suspenso, el rostro pálido, no duda que la hermosa Mora haya entregado su corazon á algun rival. Temblando, espera en silencio la sen-

tencia; y la Princesa iba á continuar, quando un esclavo llega á avisarla que su padre Muley-Hassem venia acompañado de dos Guerreros.

Zulema dexa á Gonzalo para ir á recibirle. El anciano la abraza, con las lágrimas en los ojos: ¡al fin te vuelvo á ver! exclama: ¡al fin, al fin tengo en mis brazos á la que tanto he llorado! Mi muerte era cierta, Zulema, si tu ausencia hubiera durado mas. Sabedor por tu esclavo, de que el impío Alamar habia enviado sus soldados para encontrarte, salia todos los dias con el animoso Zeir, Xefe de los Abencerrages, y el valiente Omar que ves aquí, y el generoso Velid que ha de venir dentro de poco. Estos leales amigos, los únicos que nos quedan, han recorrido nuestros montes y playas, siguiéndome hasta aquí en donde veo á mi hija amada, en donde encuentro el

consuelo de todas mis desdichas.

Zulema le abraza, le cuenta el motivo de su fuga precipitada, y como los satélites de Alamar, habiéndola conducido á una nave, un Príncipe Africano que el cielo le envió, en medio de la tempestad, solo contra tantos enemigos, la habia librado de su furor.

¿En donde está? pregunta Muley: ¿en donde el que salvó mi hija, el que salvó mi vida? Al decir esto, la dexa; se aparta, busca fuera de sí; y la Princesa viendo, llena de alegría, tan vivos y tiernos sentimientos, llama á Gonzalo, y apenas se presenta, Muley se arroja en sus brazos. ¡O mi bienhechor! le dice, inundándolo con su llanto: vos me habeis vuelto mi Zulema: ¿qué podré yo hacer por vos? ¡Ah! en otro tiempo era Rey, poseía una corona, con que tal vez hubiera podido paga-

ros; pero ya la perdí, y solo me queda un corazón sensible.

El héroe recibe sus caricias con afable modestia; llenándole de rubor los elogios á que se ha hecho digno, se ofrece respetuoso al padre de su amada, y mirando inquieto á los jóvenes Abencerrages, cree ver en ellos sus rivales. Omar y Zeir le miran, y la historia de lo que ha hecho llena sus corazones de una secreta envidia. El mirarlo al lado de Zulema los turba;

pero su generosidad no niega los justos elogios que se le deben. El héroe los oye con disgusto; Zulema los escucha, clavados los ojos en tierra, y el rubor y la turbacion confirman á los Abencerrages y á Gonzalo, lo que sus pechos temian.

Mientras que tristes é inquietos se entrega cada uno á sus melancólicos pensamientos, la Princesa que ha-

bia

bia visto de una mirada el corazón del héroe, conduce al palacio á Muley y los Abencerrages, esperando hablar á Gonzalo, y terminar con una palabra el suplicio que le ve padecer; pero Muley no quiere dexarla, teniéndola la mano puesta sobre su corazón; é ignorando las últimas hazañas de Almanzor, habla á Gonzalo del peligro de Granada, de la esperanza que concibe de su valor. Gonzalo, puestos los ojos en Zulema y en los Abencerrages, responde apenas á sus preguntas; y los dos Moros, guardando el silencio, se miran y suspiran.


La noche habia ya cubierto la tierra, quando Zulema, su padre y los demas, sentados sobre tapices de Persia; junto á un estanque de agua cristalina, en medio de un salon de mármol, tomaban juntos la última comida del dia. En este instante, Velid, com-

pa-

pañero de Zeir y Omar, llega de Málaga, y presentándose, dice: Rey de Granada, la novedad que te traigo es grande, pues vengo á anunciarte un enemigo mas formidable que Alamar. Tu hija está libre, Muley, pero la patria va á perderse: Gonzalo ha vuelto de Fez, y está en nuestras playas.

Al oír el nombre de Gonzalo, se ve el terror en el rostro de Muley: Omar y Zeir se levantan: la Princesa se acerca involuntariamente á su libertador.

Oídme, prosigue Velid: una embarcacion Africana acaba de llegar al puerto, la qual iba al alcance de Gonzalo, que se escapó, por la noche, de los lazos que le preparaba Seid. El Capitan de la embarcacion nos ha dicho que la barca frágil, que traia á ese Guerrero, ha llegado sin duda á esta playa, pues la familia del Castellano



llano, que han dexado salir de Fez, le espera en vano, dias ha, en las playas de Algeciras. Compañeros, llegó el dia de vengar y salvar la patria. Busquemos ese Español formidable, llamémosle cada uno al combate, y lanza de un Abencerrage libre á Granada de su azote.

Dixo: Omar, y Zeir aplauden, Zulema tiembla, Gonzalo se sonrie. Amigos, interrumpe Muley, esta ocasion importante ha de extinguir para siempre vuestras discordias. Los tres ardeis tiempo ha por mi amada Zulema, los tres sois dignos de ella; pero hasta ahora su corazon no ha mostrado á quien da la preferencia. La gloria decidirá hoy lo que no ha decidido el amor. Id en busca de Gonzalo, atacadle cada uno de por sí, como conviene á los Abencerrages, y sea el vencedor el esposo feliz de Zulema.

Los

Los tres se echan á los pies de Mu-
ley, quien volviéndose á su hija le
pide su consentimiento. Zulema calla,
da una mirada á Gonzalo, que tenia
los ojos clavados en tierra, duda, ti-
tubea, en fin llena de rubor, con voz
turbada, dice: Padre, no ignoro qué
dependo de vos, y mi sumision á vues-
tra voluntad será siempre igual á mi
ternura. Estimo, y amo á los Aben-
cerrages, á quienes su fidelidad á mi
padre les asegura mi corazon; pero
aunque siempre me acuerde de lo que
vos les debeis, ¿podré olvidar lo que
yo debo á ese generoso extrangero?
No temo confesar que me ama, pues
sus virtudes y su valor le hacen dig-
no de ser rival de los nobles Aben-
cerrages. Como ellos pretende mi mano,
como ellos puede vencer á Gonzalo;
y yo consiento en ser el premio de
esta difícil empresa, si mi padre y es-

tos Guerreros le permiten el acometerla.

Así habló Zulema, que temia haber dicho mas de lo que debia. El anciano aprueba el designio de su hija, y Gonzalo inmóvil espera que Zeir hable para responder.

Vuestro reconocimiento es justo, dice el Xefe de los Abencerrages, y el amor de este valiente extranjero no debe ofendernos ni admirarnos. Nosotros lo aceptamos por compañero, y si volviese vencedor, lo veriamos con dolor pero sin envidia; esta pasion, tan baxa para nuestras almas, no entra en los corazones en donde vos reynais. Pero ha mucho tiempo que Gonzalo es nuestro enemigo mortal, y nunca ofendió á ese Guerrero: el combate con el Español nos pertenece ántes, y como Xefe de mi tribu, pido ser el primero que pelee con el Castellano.

Zeir,

Zeir ; respondió Gonzalo sin ser dueño de moderar su acento , sosiégate : yo te prometo que tú serás el primero. Mañana al nacer el dia nos pondrémos en camino. Yo os juro de presentaros á Gonzalo , y sin disputaros el lugar , me atrevo á prometer que los tres quedaréis satisfechos.

Los orgullosos Abencerrages manifiestan su admiracion al oír aquellas palabras ; pero el prudente Muley corta el discurso , y confirma su promesa. Los quatro Guerreros , despues de haberse dado palabra de estar prontos al despuntar la aurora , se separan , y van á entregarse al sueño.

Gonzalo inquieto no pudiera gustar de su dulzura. El amor de los tres Abencerrages , el temor de que alguno de ellos fuese amado , el secreto que la Princesa iba á revelarle quando Muley vino á interrumpirles , todas las es-
pe-



pecies de terror que inventa el amor, ocupaban su corazón. Agitado de mil pensamientos, querría ver un instante á Zulema, para despedirse, para encontrár en ella ó perder todas sus esperanzas: levántase, sale del palacio, y á la claridad de la luna, se dirige á un bosquecillo espeso de mirtos.

Zulema igualmente inquieta, asustada por el grave peligro en que ella misma ha puesto á su libertador, temiendo el brazo de Gonzalo que mira como invencible, piensa en que al ménos las armas impenetrables ayuden al valor del que envia á pelear.

Va y pide á su padre la antigua y soberbia armadura, que Muley habia quitado en otro tiempo al valiente Conde de Simancas, colgada como monumento de su gloria, en la Mezquita de Málaga: quatro esclavos reciben órden de traer el mejor Caballo de los

venidos de África; que pacian en la primavera en las orillas del mar: todo hubo de estar pronto para la aurora.

Zulema inquieta busca la soledad, y la casualidad, ó mas bien el amor, la conduce al mismo bosque adonde Gonzalo se habia dirigido.

A la vuelta de una arboleda sombría, se encuentran ámbos; y ámbos se quedan admirados: sois vos!, le dice el enamorado Gonzalo con voz turbada; aun puedo véros, y deciros á Dios por la última vez: aun puedo juraros por fin que vuestra imagen adorada no saldrá de mi corazón; que hasta mi muerte, será mi único pensamiento, la memoria grata y dulce de los momentos pasados al lado de Zulema.

¡Qué oigo! interrumpe la Princesa; ¿y vos me hablais de verme por la última

vos va mi corazón, mi esperanza, mi felicidad. Si la victoria os abandona, Zulema no quiere vivir; mi vida vais á defender. El honor tal vez me mandaba dilatar estos acentos; pero es menester vencer á Gonzalo; y el odio á ese Español, y el reconocimiento que os debo, no me dexan disimular. Acometed á ese Guerrero, que solo la opinion hace invencible, librad á mi patria de su mayor enemigo, y acordaos de que si el triunfo pertenece al amante correspondido, vos solo debeis vencerle.

Calló, admirada al ver que el héroe la escuchaba reposado. El silencio reyna en ámbos, y Gonzalo, inclinada la cabeza, fluctuando entre el temor y la alegría, no se atreve á aventurar su felicidad á una sola palabra. Pero engañar á la que adora, disimular á la que reyna en su corazón, es

última vez? ¿Vos creéis ir á morir yendo á pelear con Gonzalo? ¡El héroe que ví yo solo hacer horrible carnicería de un tropel de enemigos, el que yo ví triunfar de una multitud de bárbaros, se cree ya vencido por ese Español! ¡Ah! culpa es mia de haberos exágerado su gloria! ¿Qué hubiera yo dicho si os hubiera pintado en aquella embarcacion, acometida de los vientos, rodeada de los rayos, derribando con vuestro alfange aquellos formidables Africanos? Jamas una hazaña semejante ilustró al famoso Gonzalo. Si él la hubiera visto, él temblaria en vuestra presencia. Príncipe, á pelear vais por la misma causa, y la recompensa será mas dulce; pensad que os espera mi mano; pensad que el himeneo ha de unirnos para siempre. Nada oculto ya en este instante; por vos solo me intereso; con



mayor tormento que el temor: arrójase á los pies de Zulema; y presentándole su espada, le dice: pues aborrecéis á Gonzalo, y deseáis que acabe su vida, creedme, no confiéis á otras manos lo que las vuestras pueden hacer: abrid vos misma el pecho de ese enemigo aborrecido: el desgraciado Gonzalo está á vuestros pies. Él es quien salvó vuestra vida; él es quien os adora desde el punto en que vencedor de Granada, os vió cerca de la Alhambra; él es quien hasta ahora, gloriándose de un nombre que la victoria quizá ha ilustrado, no osaba pronunciarlo á vuestro oído, deseando mil veces ser el más oscuro de los mortales, por no ser objeto de vuestro odio.

La Princesa duda si los sueños la engañan. Gonzalo dexó ya de hablar, pero ella no responde; mira, contem-

pla á la luz de la luna, aquel Guerrero tan grande y famoso, que cree ver por la primera vez: fixa los ojos en el acero que le presenta humilde, admirada de oír el nombre de Gonzalo sin horror. Al fin dudando si es él quien habla con tanta dulzura, se informa, y el héroe le cuenta el modo como salió de África, y como el leal Pedro creyó necesario el ocultar su nombre. Este es, añade, el secreto importante que queria hoy comunicaros, quando vino vuestro padre á ofreceros por premio de mi cabeza. Dispensad á esos tres Guerreros los esfuerzos que os son mas fáciles, librad vuestra patria, y castigad á un infeliz por haberse atrevido á amaros.

Gonzalo, responde la Princesa, despues de un largo y triste silencio, mi corazon me enseñó siempre mi deber, y nunca me ha engañado; él será mi



única guía en el peligro que corre mi
 virtud; pero ántes he de merecer vues-
 tra noble confianza, declarándoos lo
 que iba á descubriros al llegar mi pa-
 dre. Conoced en fin á Zulema: yo soy
 Christiana, Gonzalo, vos solo lo sabeis.
 Criada por mi digna madre, mi alma
 adoptó su fe. En sus últimos instantes,
 le prometí morir fiel á su culto, y na-
 da hay que pueda hacerme faltar á
 un voto tan santo. Vos venis á hacer-
 melo mas amable, conociendo por la
 segunda vez de mi vida quán dulce
 es adorar el Dios que adora el objeto
 amado. Pero no creais que ni mi re-
 ligion, ni mi amor, me hagan olvidar
 un solo instante ni mi patria, ni mi
 padre. No, Gonzalo: todo os lo debo;
 yo os amo, y este amor no se apagará
 jamas: jamas otro mortal será esposo
 de Zulema: yo os lo juro por el Dios
 del cielo; pero tambien os prometo que

nunca mi mano se entregará al enemigo de Granada: Zulema pensará siempre en vos, llorará sin vos, padecerá quanto hay que padecer por conservaros su fe; pero miéntras dure esta guerra fatal, no espereis obtener de mí señal ninguna de mi amor. Id, Gonzalo, id á cumplir vuestro deber, como yo quiero cumplir los míos; id á socorrer á vuestros compañeros: el honor lo manda, y Zulema no os expondrá á fluctuar entre ella y el honor. Solo una gracia exijo, y pido á vuestro amor, que no puede negármela sin ser criminal: bien sabeis cuánto respeto, cuánto estimo á Almanzor; mi hermano lo es ya vuestro: huid siempre, huid, de un combate impío que me hará espirar de horror, que nos haria á ámbos enemigos implacables. ¡Nosotros enemigos! ¡Ay Gonzalo! un frio mortal cubre mi cuerpo al

pronunciarlo. Á Dios, á Dios, liberador mio, esposo mio, único amigo mio, emplead con vuestros Reyes la recomendacion que deben dar tantas virtudes y tantos servicios, para restablecer la paz de que yo seré recompensa. Hasta este momento deseado, tened confianza en mí, sed fiel, acordaos alguna vez de Zulema.... Zulema llorará léjos de vos.

Al decir esto, quiere irse, y el héroe echado á sus pies, la detiene, le promete mil veces vivir y morir por ella, y mirar á Almanzor como á su hermano querido. Zulema lo acepta, le repite, á Dios, entre sollozos, le echa el velo de púrpura que ceñia sus hermosos cabellos, y angustiado el corazón, bañado en lágrimas el rostro, marcha á ocultar su dolor.

Gonzalo fluctuando entre el pesar de dexar lo que ama y la dicha de

versé amadó, aprieta contra su pecho el velo de Zulema, forma de él su banda querida que no ha de desamparar jamas, y entregándose á la lisonjera esperanza de ver restablecida la paz entre ámbas naciones, querria ya estar en el campo para trabajar en este intento, para persuadir á Isabel, para proteger los prisioneros Moros y enviarlos á Zulema.

Miéntas esto, ve colorearse el oriente, y piensa en los Abencerrages; despierta al leal Pedro y le manda prepararse para partir. En esto, dos esclavos llegan á poner á sus pies el magnífico presente de la Princesa. La armadura de resplandeciente acero le defiende todo el cuerpo: el casco, coronado de plumas encarnadas, cubre su cabeza sin quitarle nada de su gracia: el escudo redondo y ligero, armado con una aguda punta, lleva por

emblema un fenix con estas palabras: *no tiene igual*. Gonzalo cuelga la tajante espada del velo de Zulema, sujeto al hombro por una presilla de oro, descansando así sobre su corazón: toma la pesada lanza, y conducido por el anciano va á buscar el caballo que le espera. El animal, al verle, relincha y alza la cabeza: la crin hondosa baxa hasta las rodillas, los ojos llenos de fuego consideran á su Señor, las narices despiden un humo espeso, se abren, y se cierran con precipitación. Gonzalo salta sobre el caballo, y el animal, obedeciendo al héroe, reprime el ardor que le transporta, mordiéndolo el freno cubierto de blanca espuma.

Zeir, Omar, y Velid, vienen sobre caballos andaluces, cubiertas de preciosas piedras las largas colas. En los escudos se distingue la divisa de los Aben-



Abencerrages: un alfange, atado á la cintura por una cadena de oro, cae sobre los pliegues innumerables de la tela rica y brillante que baxa hasta sus pies, un ancho turbante defiende sus cabezas, y teniendo en la mano derecha la lanza, teñida muchas veces en la sangre de los Christianos. Los tres llegan á Gonzalo, se admiran al verle vestido á la christiana, pero sin preguntar la causa, parten al momento.

Los quatro Guerreros caminan en profundo silencio. Creyendo á Gonzalo preferido de Zulema, los Abencerrages no se atreven á hablar de la passion que domina en sus almas, y Gonzalo, pensando en la que adora, olvida á sus compañeros. Pasadas dos horas, llegan á un espeso bosque, en donde el camino se divide en dos diferentes. Páranse, y Zeir toma la pa-
la-

labra y dice: extranjero, tú nos has prometido llevarnos á donde encontrásemos á Gonzalo: dinos: si tu promesa es cierta: ¿sabes donde está ese Español? ¿habrémos de ir siempre juntos? ¿ó será menester separarnos?

Será menester que te prepares para el combate, responde el Español con voz terrible. Yo he prometido entregarte á Gonzalo, ya he cumplido mi palabra: aquí le tienes.

Los Abencerrages quedan atónitos al oírle. Sí, continúa el héroe, yo soy, yo soy vuestro enemigo, yo soy además vuestro rival. Yo adoro á Zulema, ninguno de vosotros, ninguno en el mundo puede esperar su mano, sin arrojarme ántes la vida. Vosotros mismos la habeis puesto ese precio; venid pues á merecerla; venid juntos, ó separados, á probar vuestras fuer-

fuerzas con este Gonzalo, que buscabais con tanta impaciencia, y que habeis ya encontrado por vuestra desgracia.

Christiano, respondió Zeir, en tu orgullo reconozco el soberbio Gonzalo y tu arrogante nacion; pero mal conoces la nuestra, si crees que se reunirán tres Abencerrages contra un Castellano. Mi brazo quizá bastará para librar á Zulema del amor de un infiel, enemigo de su padre y de nuestra patria.

Los dos Guerreros baxan las lanzas y se acometen. El valiente Zeir apenas mueve al héroe: la lanza de Gonzalo hiere al Moro; y lo derriba en tierra. Gonzalo se para, y con voz sosegada dice: valeroso Omar, aquí te espero.

Omar furioso, arroja la lanza, saca su ancho alfange, y manejando con des-

destreza un caballo mas ligero que el viento, ataca al Español, le rodea velozmente, y descarga sobre sus armas repetidos golpes. Gonzalo solo puede pararlos, siéndole inútil la lanza contra un enemigo que le acomete tan de cerca: hace vanos esfuerzos; pero Omar evita sus golpes. Indignado de tardar tanto en vencer, arroja la lanza, corre sobre el Moro con los brazos abiertos, lo ase, lo saca de la silla, se arroja al suelo con él, poniéndole la espada en el descubierto que dexa la coraza. Mia es tu vida, le dice; pero solo quiero la victoria. Tampoco exijo que dexes de amar á Zulema, pues sé que ese olvido seria mas horrible que la muerte.

El jóven Velid se acercaba entonces á pie con el alfange en la mano. Gonzalo saca la espada, y cubiertos ámbos de sus escudos se acometen,
des-

descargan , paran , y redoblan los golpes. La astucia guia á la fortaleza , la ligereza engaña al valor. El acero de Velid amenaza siempre la cabeza de Gonzalo ; el del Castellano vuela al rededor del pecho de Velid : al fin el héroe , dando un fuerte revés al sable de su enemigo , le hace saltar de la mano , corre , lo toma , y presentándolo á Velid , le dice : creeme , y no me fuerces á derramar la sangre de un Abencerrage : sabe que siempre fué preciosa para mí. Id , compañeros valientes , volved á Muley-Hássem ; decidle quanto me duele el error en que le dexé , que mis intenciones eran puras , que voy á solicitar de mis Reyes una paz dichosa : aseguradle que en este Gonzalo , que mira como enemigo , Muley hallará siempre el respeto y el tierno afecto , que todos deben á sus virtudes.

En

En habiendo dicho estas palabras, el héroe monta á caballo, saluda á los Abencerrages, y toma el camino del campo Español.

FIN DEL LIBRO VI.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA



Tom. 27.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA Y GENERAL

SUMARIO DEL LIBRO VII.º

Situacion de Gonzalo. Continua su camino por sendas ocultas. Los Españoles continuan edificando la nueva Ciudad. Almanzor herido no puede oponerse al trabajo. Lara vela durante la noche, para asegurar el reposo al ejército. Encuentra á Ismael, y lo hace prisionero. Su humanidad con el cautivo. El Numida le cuenta su historia, las costumbres de los Árabes pastores, sus amores, su himeneo con Zora, su venida á Granada, su separacion, y los zelos que le atormentan. Lara lo lleva al campo, y va á pedir su libertad. Zora viene á desafiar á Lara. Combate y muerte de los dos Esposos.





LIBRO SÉPTIMO.

¿Habrá quien no haya probado las virtudes que al soplo del amor brotan en los corazones sensibles? ¿quien al primer acento de su voz no haya sentido la elevacion de su alma? El hombre insensible, en la triste paz de una perpetua indiferencia, puede respirar dias puros, al abrigo de los vicios y léjos de los malvados; pero si halla el dulce objeto que ha de ser el dueño de su vida, si arde en fin en la llama pura que consume y da la existencia, desde este dia dexó de ser el que fué, la esfera de sus deberes se engrandece, su ser se eleva, la perfeccion á que aspiraba no basta ya á sus votos, y el que ántes se contentó con imitar, ahora nada ménos desea que

sobrepujar á quanto admira: sus esfuerzos son placeres, sus penas motivos de esperanza: las leyes santas de la naturaleza, el sagrado amor de la patria, los oficios compasivos de la humanidad, le dominarán constantemente; y quanto mas fiel se preste á sus voces, tanto mas agradará al ídolo, por cuya estimacion anhela. Si tierno y sumiso, se inmola á los autores de su vida, si animoso arrostra la muerte por salvar un hermano, si sus riquezas le abandonan para acudir á los ayes de la indigencia, su amante lo sabrá, y todo se lo facilita esta idea. Una voz secreta le dice continuamente: ella te mira, ella te oye, ella es testigo de tus acciones y de tus mas secretos pensamientos. Al punto huyen de su corazon los sentimientos que lo corrompieran: al punto se anidan en él todas las virtudes, al rededor de

la imágen que lo llena y lo purifica.

Gonzalo, al separarse de la Princesa, sintió aumentado su ardor por la gloria; pero ya no le bastaba la de los combates. Cierto de ser amado, su corazón mas amoroso experimenta la necesidad de aquella gloria dulce y pacífica, que tal vez desconoce la fama, y que, hermana inseparable de las buenas acciones, no siempre es compañera de las ruidosas hazañas. Forzado á vivir léjos de Zulema, no puede engañar el dolor de la ausencia, sino empleándolo en ser el mas generoso, el mayor de los mortales. En habiendo dedicado su brazo, sus dias, su valor, su ser entero, al objeto mas virtuoso que adorna al universo, no quiere ya contar los instantes sino por hechos virtuosos. El amante querido de Zulema debe ser superior á todos los mortales: habrá de ser mas

que un héroe para igualarse con su suerte.

Lleno de estas nobles ideas, Gonzalo, en compañía del leal Pedro, se encamina á Granada por las montañas de las Alpujarras. El prudente anciano le obliga á buscar sendas extraviadas, que los escuden contra unos enemigos, que el impetuoso Gonzalo desprecia. En aquella rústica region, el espectáculo de un anciano respetable, de un desgraciado menesteroso, de un oprimido á quien puede defender, detiene la planta del héroe. Reparte entre los indigentes el oro de que la Princesa colmó al cautivo, pelea y triunfa para favorecer á los débiles, retardan su carrera los beneficios, disculpándose con el anciano, que le reprehende con ternura y llora de admiracion.

Miéntas se internan en los mon-

tes de Alhama, el esposo de Isabel lo habia todo preparado para cumplir los intentos de la Reyna. Los pinos de los montes cercanos, los álamos erguidos, los inmemoriales robles, las soberbias encinas, han doblado su cerviz al hierro de los Castellanos: transportanse al medio del recinto, condúcese la cal hierve en los lagos cubiertos de espeso humo, y mil manos forman una cadena para despojar al Darro de sus arenas de oro.

Al mismo tiempo, llegan de Valencia y Andalucía, víveres, armas y tropas: la abundancia reyna en el campo, é Isabel prodiga las riquezas. Una parte del ejército, puesta sobre las armas, protege el trabajo de la otra. La Reyna preside á las obras, excita, anima sus Guerreros, y, anunciando á todos una segura victoria, persuade á cada uno que la espera de su valor.

Los Capitanes valientes cóadyuvan á su zelo. Lara no dexa un instante las armas. Durante el dia, al frente de los Castellanos, ordena sus batallones, y se admira de que los Granadinos permanezcan ocultos en sus tiendas, ignorando que las heridas de Almanzor no le dexan pelear, y los Moros temen la derrota, guiados por otro General: por la noche, acompañado de otros Guerreros, se pasea al rededor del recinto: sus velas son el descanso del ejército; y siempre en Gonzalo su memoria, tal vez lleva sus pasos hácia el mar.

En una de estas noches, en que Lara, fixa la mente en su amigo, iba acompañado de cien ginetes, se aparta de los retrincheramientos, y soltando las riendas á su Caballo, marcha entre el silencio de las sombras. La luna de lo alto de su carro lanzaba

tré-

trémulamente su luz plateada, en tanto que confusos los ecos prolongaban el lento gemido con que turbaba los ayres el ave de la noche. El sosiego reynaba en el solitario campo; y mientras que las oscuras tinieblas cubrían el horizonte de fantásticas sombras, tal vez á lo léjos brillaba de repente el desmayado resplandor de algunos fuegos errantes. En esto, el héroe sorprendido, oye los acentos de una voz melodiosa, que cantaba estas palabras:

Al fin, yo vuelvo con la noche fria
 á ser feliz en la que el alma mia
 qual Deidad señorea.
 A verla tornaré, y en tiernos lazos
 estrecharán mis brazos
 aquel cándido seno palpitante,
 dó mora la virtud casta y hermosa.
 Sus dulces labios de azucena y rosa
 los míos libarán, y oiré anhelante
 su voz enamorada
 por el amor tal vez interrumpida.

En-



Entonces, ¡ay! con lánguida mirada
 me inflamarán sus ojos eloqüentes...
 ¡Oh! cuánto amor! ¡oh! cuántas inocentes
 caricias guardará! Tal vez ahora
 al rayo de la luna silencioso
 espera, de su esposo
 las memorias queridas repasando.
 Tal vez cuenta llorando
 los instantes que tardo á sus amores:
 y en los días mejores
 piensa quando la via
 el Atlas enriscado,
 gozar siempre á mi lado
 amor inalterable y alegría.

Sombra fugaz, voláron
 tan florecientes días,
 y en pos de si lleváron
 mi paz y mi placer.

¿Dó estás pasada gloria?
 ¿dó estás? ¡ay triste! yaces
 en la infeliz memoria
 que siempre clama: fué.

Fué mi fatal ventura,
 y para siempre fué. Discordia impura
 de la guerra infeliz soplando el fuego,
 sin esperanza me robó el sosiego.
 De las tranquilas chozas paternas
 nos traxo á los horrores, á la muerte,
 y... ¡oh! peor que el morir son los fatales

vicios que esta region brota dó quiera...

Osman, ¡pérfido Osman!... ¡ah! teme, teme
mi venganza rabiosa....

¿osastes á mi esposa

declarar tu pasion? En vano, en vano

tu pecho rebentó la impura llama:

mi esposa es la virtud, Zora me ama....

Mas ¿quién sabe, gran Dios, si en este instante

jura el pérfido ser su eterno amante?...

Huye su vista, Zora,

huye, y de mí te acuerda:

por siempre fiel me adora,

seré dichoso en tí.

¡Oh! si por dicha mia

no tan hermosa fueras!

mi amor igual seria,

empero mas feliz.

Lara atiende, exâmina atento, y
á la claridad de la luna, descubre un
jóven Caballero, cuya cabeza rodeaba
un turbante negro. Apénas cubre su
cuerpo una corta túnica, ceñida con
una cadena de plata, de la qual pen-
de un ancho alfange. Adornada con
brazaltes de oro la desnudez de sus
piernas y brazos, en su izquierda em-
bra-

braza un escudo, mientras su diestra empuña tres flechas. Su Caballo, blanco como la nieve, no lleva ni silla, ni freno: libre y rápido como el viento, no dexa de obedecer á su dueño, y á su voz modera ó precipita sus pasos. Lara le reconoce por uno de aquellos Bereberes, venidos de los desiertos del África en socorro de Boabdil, y manda á doce de su compañía que se apoderen de él, mientras los demas forman un cordón, cortándole la retirada.

El Numida para, espera á pie firme á los Españoles, y al acercarse, arroja en un instante las tres flechas, derribando cada una un Caballero. El Africano parte como un relámpago, huye, y separa los que le persiguen; pero no hallando salida, vuelve al lugar del combate, se baxa hasta el suelo, toma una flecha que atravesaba el pecho de un Español, y arrojándola
otra

otra vez inmola otra víctima. Lara se adelanta solo, detiene su gente que ya iba á echarse sobre el Moro, les manda guardar sus puestos, y dirigiéndose al Africano le dice basta, valeroso extranjero, entrégame tus armas sin hacer una inútil resistencia; y ya que apenas puedo contener á mis soldados, déxame siquiera el gusto de salvar tu vida.

— Mi mucha infelicidad me prohíbe amarla, responde fieramente el Numida, y ántes que ser cautivo prefiero morir á tus manos. Dice, y desnuda el alfange; Lara, arrojando la lanza, saca la espada y marcha hácia él. Ya se acercan, y se tiran mil golpes sin herir ninguno á su contrario. El Moro, aunque sin coraza, opone su escudo á la tajante espada del Castellano. El veloz Caballo, atento á los movimientos de Lara, se desvia, salta,

pre-



prevee los golpes que amenazan á su dueño, y le libra repetidas veces de la muerte. Pero las fuerzas de los dos Guerreros son desiguales: la espada del Español corta el escudo del Moro, le hiere en el pecho, y le derriba bañado en sangre. El Caballo Numida relincha de dolor, procurando defender al que no pudo sacar vencedor, le rodea, le escuda con su cuerpo, levanta al ayre los pies, amenazando al triunfador, y viendo venir á los Castellanos, huye por el campo y desaparece.

Lara se llega á su prisionero, le da la mano para levantarle, examina la herida, poco profunda, manda darle un Caballo, y tributándole todo el respeto debido al valor desgraciado, marcha con él á las trincheras. El Moro le sigue, caida la frente, sin que sus labios se abran á una palabra ni

á un quejido: solo se abren á los profundísimos suspiros, que, miéntras corren las lágrimas de sus ojos, exhalan entrañablemente su corazón. Lara que lo observa, conoce fácilmente que algún pesar violento le oprime; pero no quisiera aumentar sus dolores con preguntas indiscretas. Al fin, no pudiendo resistir á la sensación tierna que produce en su alma la vista del infortunio, le dice: valeroso Numida; el acaso y las tinieblas me han favorecido sin duda: mi victoria no iguala las hazañas que te he visto hacer: perdona á la suerte de las armas, que yo no quería probar, y sufre con serenidad una desgracia comun á todos los Guerreros: harto dolorosamente me culpan tus lágrimas el favor que me dispensó la fortuna; pero creo que no soy yo la única causa de tu llanto: ¿La desdicha acaso arrancó á tus bra-

zos algun amigo? ¡Ah! ninguno mejor que yo podria compadecerte, ninguno mas bien que yo deberia esforzarse á calmar tu pesadumbre. Si acaso puede confiarse, yo merezco saberla. Y porque no creas que estás en poder de algun bárbaro, mañana al nacer el día, Lara te dará libertad, si Fernando lo permite.

El Numida, al oír pronunciar el nombre de Lara, alza la cabeza, y lleno de admiracion y alegría dice: ¡soy prisionero de Lara! ¡El héroe grande, á quien nuestros Moros no ménos estiman que temen, es el que hoy me hace el mas infeliz de los mortales! ¡Ah! mi triunfo te sería amargo, si supieras lo que me cuesta tu victoria.

El virtuoso Lara le insta á que le confie sus pesares. El interes tierno que le manifiesta, la sensibilidad que reyna en sus discursos, el atractivo

re-

recíproco que experimentan las almas virtuosas, determinan al jóven Africano, esperando que su historia acelerará el instante de su libertad, ó que á lo ménos, su confianza agrada al generoso vencedor. Ambos se adelantaron un trecho de la tropa, y el Numida habló de esta manera:

¡Dichoso el mortal oscuro que, sin grandeza, sin bienes ni nacimiento, no conoce mas deberes que los de la naturaleza, mas placeres que amar, mas gloria que ser amado! Insensible al vano orgullo de que hemos hecho nuestra primera necesidad, no dexa su patria por buscar, en climas lejanos, los peligros ó los tormentos que no le estaban destinados: no vive léjos del objeto de su ternura, ni añade, á las penas inseparables del amor, la mas cruel de todas, la ausencia, de que la naturaleza le habia preservado: pasa

tranquiló sus días, en los lugares donde comenzaron : descansa al lado de su esposa, baxo el árbol donde jugó niño , y donde dormirá anciano. La choza que le oyó nacer, ve nacer sus hijos. Nada se muda, nada se mudará para él : el mismo sol le alumbrá, los mismos frutos le alimentan, el mismo verdor regocija su vista, y la misma compañera, cada dia mas amada, le procura los beneficios de la naturaleza, las delicias del amor, y el placer de la paz.

Tal debia ser mi suerte, y tal era ántes de la guerra de Granada. Yo nací entre los pueblos pastores, que sin ciudades, ni habitaciones fixas, viven en tiendas con sus ganados, trasladan su campo de prado en prado, vagando por los desiertos, desde el pie del Atlas hasta las fronteras de la antigua Egipto. Los primeros Arabes,

salidos del pais de Yemen , acaudilla-
dos par Yafrik, viniéron á someter es-
tas vastas regiones , y les diéron el
nombre de su Xefe. Los vencidos fué-
ron desterrados á las ciudades: los ven-
cedores , respetando y amando siem-
pre la vida pastoral, guardáron para
sí los campos, y esparciéron sus tri-
bus por el inmenso pais de las palmas.

En él hemos conservado las cos-
tumbres de nuestros mayores. Cada
tribu separada encierra sus ganados
y riquezas en un recinto rodeado de
tiendas, hiladas del pelo de los Ca-
mellos. Libres , pero sometidos á un
Cheik, el campo forma una república,
que se fixa ó se muda, decide la guer-
ra ó la paz, por el parecer de las ca-
bezas de las familias. Nuestro Cheik
nos hace justicia, reduciéndose el có-
digo de nuestras leyes á estas solas má-
ximas: *ser feliz sin hacer daño á nadie.*

Nuestros bienes consisten en Camellos, cuya celeridad infatigable puede transportarnos, en un día, á doscientas millas de nuestros enemigos: en Caballos, apreciables por la bravura, la inteligencia, la fidelidad á su dueño, de quien son leales compañeros: en Ovejas, cuyas lanas finas son nuestro único vestido, y su deliciosa leche nuestra única bebida. Contentos con estos dones del cielo, despreciamos el oro y plata que nos darian nuestros montes, si nuestras manos, tan codiciosas como las europeas, se baxasen á cavar nuestras minas. Los verdes prados, las llanadas de cebada y arroz, nos parecen preferibles á esos metales peligrosos, origen de las desgracias mundanas, y que vosotros mismos, á lo que he oido decir, haceis arrancar de la tierra por los brazos de vuestros delinquentes, sin duda para que

que os anuncien los crímines que han de producir.

La paz, la amistad, la concordia, reynan en el seno de cada familia. Fieles á la Religion que nos dexáron nuestros padres, adoramos un solo Dios; y tributamos honor á su Profeta. Sin fatigar nuestro débil espíritu en comentar su libro divino, sin ostentar el delinquente orgullo de interpretar sus máximas santas, estamos ciertos de seguirlo, exerciendo las dulces virtudes que gravó la naturaleza en nuestras almas, ántes que las prescribiese el sublime Coran. Nosotros creemos que una accion buena vale mas que muchas oraciones: que la justicia y la limosna son mas sagradas que el Rhamadan; y precisados en nuestros desiertos arenosos á no executar algunas oblaciones, procuramos suplirlas con la caridad, la beneficencia, y so-

bre todo con la hospitalidad. Fieles quarenta siglos ha, á este deber fácil á nuestros corazones, le reverenciamos como el primero, le amamos como el mas dulce. El extranjero que huella el umbral de nuestras tiendas, aun quando sea enemigo, es para nosotros un objeto sagrado: su vida, sus bienes, su reposo, nos parecen un depósito precioso, que nos confia el Ser Eterno. Cada dia le pedimos que nos conceda este favor, y los Xefes de nuestras familias lo ambicionan. Ninguno de ellos come nunca en su tienda: la mesa está siempre á la entrada; los asientos dispuestos, y el dueño no se sienta hasta haber dicho ántes tres veces en voz alta: "en nombre de Dios, »padre de los humanos, si hay aquí algun viagero, algun indigente, algun »infeliz; que venga; que venga á comer mi pan y á contarme sus penas."

Entre estos hombres sencillos, que han conservado las mismas costumbres desde el nacimiento del hijo de Agar, en medio del desierto de Zab, vine yo al mundo para amar á Zora, la mas casta, la mas hermosa de mi tribu. Zora, encargada á mi padre desde su infancia, criada conmigo, no se separó de mí un instante, amándome desde el punto que yo la amé, sin que pueda decir qual fué el momento en que empezó nuestro tierno amor. Mi padre, Cheik de mi tribu, vió nacer y alimentó nuestro inocente cariño. Él nos estrechaba en sus brazos, nos llamaba sus hijos, y nos acariciaba igualmente. Antes de saber lo que era ser esposo, Zora me daba este nombre, yo la llamaba tambien mi esposa; y mi padre, juntando nuestras manos, me decia: Ismael, hijo mio, ama siempre, ama toda tu vida á la hija de mi amigo.

go: creced juntos, amándoos como las dos palmas, que una á par de otra se levantan delante de mi tienda: vosotros consolaréis mi vejez, y sostendréis mis pasos trémulos en la baxada rápida, que ya me arrastra al sepulcro: el himeneo os unirá pronto; y algun dia repetiréis á vuestros hijos, lo que ahora yo os digo con tanto gozo.

Antes de cumplir doce años, mi padre me habia enseñado á manejar el arco, á regir un Caballo sin freno, á correr sobre él por la arena. Zora, por no dexarme, habia aprendido los mismos ejercicios, creyendo amarlos porque me amaba. Vestida de una túnica corta; atada con presillas de oro, el arco en la mano, la alxaba sobre sus espaldas, seguia siempre mis pasos. Ya dexabamos nuestros ganados para perseguir el rápido avestruz, ó el peligroso chacal, ó los gatos mon-

teses, atravesándolos Zora con sus flechas, celebrando yo sus victorias; ya montados sobre veloces Caballos, armados de dardos, y al frente de un esquadron de Guerreros de nuestra edad, íbamos á buscar en su cueva al temible Leon, le hacíamos salir al campo con nuestras javalinas, y al son de nuestras trompetas se descubrian los ocultos ecos. El animal furioso, rugiendo, turbado con el belicoso ruido, se arrojaba á los Caballos, acometia, derrivaba los cazadores; pero yo cuidaba de Zora, y puesto entre ella y el Leon, hubiera sido despedazado ántes que Zora fuese herida: mil veces hubiera perdido la vida ántes que la suya estuviera en peligro. El monstruo, atravesado por todas partes, espiraba bañado en su sangre, y la javalina de Zora llevaba sus sangrientos despojos.

¡Di-

¡ Dichosas y amargas memorias de aquellos venturosos tiempos ! ¡ Quénto placer siento, al contar las costumbres de mi querida patria ! La memoria de los bienes perdidos, es el último bien de los desgraciados. Todas las mañanas al nacer la aurora, Zora y mis hermanos, íbamos delante de la tienda del amado autor de nuestros dias, á esperar en silencio el instante en que despertaba. Así como ninguno de nosotros se entregaba al sueño, sin haber recibido su bendicion, del mismo modo la deseaba para volver al trabajo. Puestos de rodillas al rededor del venerable anciano, despues de haberle escuchado orar, é invocar por nosotros al Soberano del cielo, le rodeábamos tiernamente con nuestros brazos. Á veces se dignaba venir con nosotros, á conducir á los frescos pastos, los Camellos, los Carneros bala-

do-

dores, los Caballos y los tiernos Corredores que llamaban á sus madres. Mientras resuenan por el campo las flautas de los pastorcillos y los cantares de los amantes dichosos, nuestras mugeres en las tiendas practican los oficios confiados á su sexô, hilan la lana de nuestros ganados, preparan nuestro alimento, ponen en órden nuestra habitacion, educan é instruyen á nuestros hijos en bendecir y respetar á su padre, como la imágen augusta de Dios; y al volver nosotros al anoche-
cer, sus brazos nos descansan, sus deseadas caricias nos parecen mas dulces, con la corta ausencia que las dilató. Nuestro amor siempre vivo, aunque siempre satisfecho, procura expresarse con nuevas y repetidas pruebas: el jóven esposo, el jóven amante, cuenta á la que ama lo que ha hecho durante el dia, y le canta la cancion

en



P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERIA DE CULTURA

TURIA DE ANDALUCÍA

en que celebra su belleza. Tomamos juntos la cena, y son nuestros manjares, arroz cocido al humo, el Cabrito sobre las ascuas, los dátiles frescos, bastando esto á nuestra salud robusta y á nuestros deseos moderados. Despues de esta comida frugal, los ancianos, sentados en medio del corro, cuentan las historias de los tiempos pasados, las hazañas del valiente Kaled, la bondad del sabio Almamon, ó las desgracias de dos amantes, que la fortuna quiso probar. Tribútanse lágrimas á su suerte; dándose con una mirada el parabien de no padecer las mismas adversidades. Una oracion hecha en comun, anuncia la hora del reposo: danse gracias al cielo por la felicidad del dia que acaba de espirar, y se goza de un sueño tranquilo, á que ha de seguirse un dia feliz.

Mi himenco con Zora colmó mi fe-
li-

licidad. Zora sobre un Camello, en una pirámide de gaza, fué paseada por todo el campo, al son de los timbales y flautas. Al traves del velo que la ocultaba, se distinguia la hermosa Zora vestida de una túnica blanca, las orejas, las piernas y los brazos, llenos de anillos y brazaletes de oro. Conduxéronla á mi tienda, mi padre la puso en mis brazos, y nuestros amigos y hermanos, delante de mi pabellon, celebráron hasta el otro dia, el amor del feliz esposo, la virtud de la tímida doncella.

Pero el sonido de la trompeta sucedió á tan dulces cantares. Concluido apénas mi himeneo, los Embaxadores del Rey Boabdil llegaron pidiéndonos, en nombre del Profeta, que tomásemos las armas por la causa de Dios.

Hijos de Agar, nos dicen: vuestros

tros hermanos de Granada os imploran : aquella soberbia capital, único resto de vuestras conquistas, va á caer en poder de los Christianos. De los extremos de España, los enemigos de nuestra fe se han reunido debaxo de sus muros. Dueños de nuestra ciudad, pasarán al África, vendrán á incendiar vuestras ciudades poderosas, reducirán á cenizas vuestras Mezquitas, matarán vuestros Sacerdotes, ultrajarán vuestras mugeres, y penetrando hasta vuestros desiertos, llevarán á sangre y fuego vuestros campos pacíficos. Quando intenteis rechazarlos, sus victorias los habrán hecho invencibles. Entónces invocaréis el Ser Eterno; pero él os castigará por haber abandonado á vuestros hermanos, por haber olvidado tanto tiempo, que solo os puso sobre la tierra para prodigar vuestra sangre en defensa de su Ley.

Estas palabras inflamaron la juventud, y persuadieron á los ancianos. Mi padre, juntó con los demas, decide, que la flor de nuestros Guerreros marche á socorrer á Granada. Al punto se oye resonar por todo el campo: ¡al arma, Musulmanes, al arma! ¡á caballo, hijos de los desiertos! El zelo de Dios os guie! La victoria siga vuestras lanzas!

Á esta voz, diez mil Guerreros saltan sobre sus veloces Caballos; de los quales escogió mi padre seis mil, y me confió el mando. Zora, temblando y fuera de sí, viene á echarse á sus pies, pidiéndole la dexe acompañarme. Diestra en el ejercicio de las armas, era digna de acompañarnos y de mandarnos. Mi padre titubea; pero las voces de mis compañeros, las lágrimas que ve sobre mi rostro, los ruegos de todo el ejército, deciden en fin

fin su ternura á que Zora venga conmigo.

No contaré la triste despedida de mi padre, ni el dolor que le afligia por esta cruel separacion. Mis lágrimas corren todavía al recordar aquel anciano venerable, apartándose de mí para abrazar á Zora contra su seno; dexándola para volverme á abrazar; encargándonos á ámbos que nos mostrásemos dignos de él, dignos de nuestra patria, pero sin buscar peligros superiores á nuestras fuerzas. Zora entónces, me decia llorando; sin fuerzas para seguirte, no obstante te seguirá. Tú serias causa de su perdicion, y tú no sobrevivirias, y tu imprudencia llevaria al sepulcro tu esposa con tu padre. Respeta tus dias, caro Ismael, piensa que mis ojos paternales te seguirán en las batallas, que no te apartarás un instante de mi alma, y que

la

la lanza que amenace tu corazón, atravesará al mismo tiempo el mío.

Mientras decía estas palabras, quando ya mis Guerreros á caballo; solo me esperaban á mí para partir, un negro cuervo desde lo alto de una palma hacia resonar el ayre con sus fúnebres acentos. Mi padre que lo vió, quiso suspender mi partida; pero haciendo poco caso de estos vanos presagios, respetados de mi Nación, disipé su temor, suplicándole no diese oido á su sensibilidad; y abrazándole por la última vez, monté á caballo siguiéndome la hermosa Zorá.

Llegamos en poco tiempo á la ciudad de la Victoria, en donde los baxeles de Boabdil recibieron mis seis mil Guerreros. Desembarcados en el puerto de Almería, nos encaminamos á la famosa ciudad, en cuyo socorro veníamos. Boabdil nos colmó de caricias,

alojó á los Bereberes en las casas mas ricas, y quiso que su palacio mismo sirviese para habitacion de mi esposa.

Pero en poco tiempo vino á serme odiosa la mansion en Granada. El espectáculo de un Déspota feroz rodeado de cortesanos corrompidos, el desprecio público de las costumbres, de aquellas costumbres tan reverenciadas, tan santas en nuestra nacion, repugnaban y horrorizaban á Zora, cuya alma tímida y casta, acostumbrada á no ver al rededor de sí sino la inocencia y la dulce paz, temblaba á la vista del vicio, como la gacela delante de la serpiente, y suspirando por el Africa, me rogaba cada dia que la sacase de aquella corte impía, ó que á lo ménos la alejase de un Rey, que ya no conocia ni freno ni remordimiento.

Al fin se presentó la ocasion. Almanzor nuestro General, el único dig-

no de mi estimacion , supò que lós Castellanos intentaban atacar á Cártama , ciudad en donde se habia refugiado una célebre tribu. Cártama aunque inexpunable, necesitaba socorros. Los Abencerrages que la defendian, irritados tiempo habia contra los Granadinos, no querian recibir en sus muros sino tropas extranjeras. Almanzor me pidió que mi esposa partiese con mil Berebeses. Estremecíme al pensar en separarme de Zora : ni podia abandonar el resto de mis tropas ; ni vivir léjos de mi esposa ; pero el deseo que mostraba de alejarse de Boabdil y su corte , lo mucho que elogia-
 ba Almanzor las virtudes de los Abencerrages , la fidelidad de sus compañeros que todos moririan por Zora, me determináron al fin. Conduxe pues mi esposa á Cártama, y Osman , el pérfido Osman , Gobernador de aquella

ciudad, le mostró el mayor respeto, convidándome á venir amenudo á ver el objeto de mi amor. Yo vivia tranquilo, vuelto ya al lado de Almanzor, y casi todas las noches salia de Granada sobre mi infatigable Caballo, para irme á pasar algunos instantes con mi esposa querida, y darle cuenta de mis pensamientos, oír y repetir nuestras promesas.

De esta manera se suavizaban un poco las penas de la ausencia, y se calmaban los dolorosos tormentos de existir léjos de Zora. Pero otro tormento todavía mas horrible vino á aumentar mis males. En este mismo dia, he sabido que el Gobernador de Cártama, que uno de estos Abencerrages que Almanzor me habia pintado como héroes, que Osman en fin, el infame Osman, se atrevia á amar á mi esposa, y le habia declarado su amor.

No,

No, Señor, vos no sabeis, ni podeis concebir el funesto, el terrible imperio que ofrece sobre nosotros la pasion de los zelos, la mas viva, la mas violenta, que se conoce en nuestros climas ardientes. Ningun crimen, ningun atentado, iguala, á nuestros ojos, al de mirar á nuestras esposas, á nuestras amadas: ningun género de venganza se prohíbe para castigar esta horrible afrenta. Liberales de nuestros bienes, pacíficos, afables, hospitalarios, somos mas bárbaros, mas feroces, mas sanguinarios, que los Leones de nuestros desiertos, luego que alguno intenta aspirar al objeto de nuestra ternura.

Apénas supe el crimen de Osman, resolví ir á Cártama para estar al lado de Zora, para buscar la ocasion de pasar mil veces esta espada por el corazon del insolente Osman.

Ya estaba en camino.... ¡ah! y pensaba que nuestra última victoria, el incendio del campo español, me aseguraban hoy mi marcha mas que nunca. La idea de ver á Zora, de no volverme á separar de ella, la esperanza de vengarme de un traidor, llenaban mi alma de alegría, quando vuestros Guerreros me asaltaron de repente por todas partes. Tal vez sin vos hubiera escapado de sus manos; pero vuestro invicto brazo triunfó de mis esfuerzos, y vuestra victoria me cuesta los momentos mas caros de mi vida.

Esta es la causa de mis lágrimas: Zora me espera, y yo estoy cautivo: Osman está cerca de Zora: Ismael está entre las cadenas de los Españoles.... ¿Admiraréis ya mi llanto?

Enxugadlo, responde Lara, que yo repararé el mal que hice. Yo pediré á mi Rey que os vuelva la libertad de que
yo

yó solo no soy dueño : mi propio Caballo os llevará á Cártama, y al amanecer veréis á Zora; y si en premio de mi zelo queréis honrarme con vuestra amistad, ella me será mas grata que todos los laureles de la gloria.

En esto llegan á las trincheras. Lara conduce su prisionero á su tienda, emplea todo género de socorros, y mientras cuidan del Numida y sus heridas, Lara marcha en busca de Fernando para darle cuenta de su excursion nocturna.

El Rey de Aragon y su augusta esposa estaban á la sazón en el Consejo. Un extranjero, un incógnito, protegido solo por Isabel, cuya penetracion habia descubierto, en aquel hombre oscuro, un hombre grande, exponia á los dos Reyes su grandes designios. Colon proponia el descubrimiento y conquista de un nuevo mun-

do, pidiendo solo un navío. El consejo entero dudaba en concedérselo; pero Isabel no dudó.

Lara llega y toma asiento; pero los grandes intereses que se agitan no le dexan hablar al Rey. El tiempo corre, se adelanta la noche, y el impaciente Ismael desea ansioso la vuelta de Lara.

Pero el Caballo del Bereber, huido del sitio del combate, tomó el camino que tantas veces habia corrido, y aguijado del terror, vuela hácia Cártama, en donde Zora suspira inquieta, y espera á su esposo, viendo pasar las horas, y contando los tristes instantes. Figúrase los peligros que pueden amenazar al que ama, y aumentalos su imaginacion, fatigándola las mas funestas ideas. Un espanto mortal se apodera de su espíritu: un horrible presentimiento la hace llorar y estre-

mecerse. No pudiendo soportar el horrible tormento que siente, quiere ir en busca de su caro Ismael, pareciéndola que padecerá ménos, buscando el objeto que su corazón desea; que su temor será menor, exponiéndose á los peligros que él corre.

Para no ser detenida por las guardias, Zora toma un vestido guerrero, semejante al de los Abencerrages; atraviesa la ciudad á caballo, finge ser mensajero de una orden de Osman, sale y marcha hácia Granada, preguntando con sus ojos, por su esposo, á quanto descubria.

En esto oye correr un Caballo, párase atenta, pone el oído, reprime el aliento, óyense las pisadas, acércase el Caballo hiriendo igualmente la tierra, haciendo repetir al eco el ruido sordo y apresurado de sus pies; inmóvil, palpitando, descubre Zora
 el

el Caballo : el color blanco , las largas crines , estremecen á la tierna Zora , vuela , llama á Ismael.... A este nombre , el Caballo alza la cabeza , relincha y se llega á Zora. Zora lo examina : él es , él es el Caballo de su esposo : solo , teñido en sangre , su dueño pereció sin duda , su dueño espiró entre las manos de algun bárbaro Español.

El dolor , el temor y el amor , la sacan de sí , arrojase sobre el Caballo sangriento , abandonándose á él , acusando al cielo , implorándolo , jurando de vengar á Ismael. El inteligente animal vuelve atras , aumenta su celeridad , y llevando á Zora al sitio mismo en que cayó su amante , se para. Zora mira , y ve los quatro Españoles que inmoló el Bereber. Ya no duda de su desdicha : busca el cuerpo de Ismael , reconoce su roto escudo , ve la tierra hu-
me-

medecida con la sangre. Entónces despide lamentables gritos, cae desmayada sobre aquellos despojos, y la desesperacion horrible la revuelca sobre la arena.

En medio de estas tristes quejas, oye gemir uno de los quatro Españoles, y levántase, corre: el infeliz respira todavía: Zora lo socorre, procura volverlo en sí, y luego que ha recobrado el habla, le pregunta acerca de su combate, de sus heridas, por aquel escudo que habia quedado por tierra, por aquella sangre de que está cubierto. Zora le pide, le conjura que no le oculte nada, y aumente ó disipe el tormento horrible que la aflige.

El Soldado, agradecido á su socorro, pronuncia algunas palabras para explicarse, y mostrándole sus compañeros, la dice, que un Bereber, solo, acometido en el camino, los ha dexado
por

por el suelo. : pronuncia el nombre de Lara , repite que Lara los ha vengado, que hizo pedazos aquel escudo, que aquella sangre es la del Bereber derramada por la mano de Lara.

Zora sin responder, tiende la vista airada al rededor, pensando en dar fin á sus dias en aquel instante en el sitio en donde pereció Ismael. Pero el deseo de vengarlo detiene su brazo: toma , aprieta la mano del Soldado Español, y con voz interrumpida le dice : amigo , enséñame el camino del campo, del campo en que respira Lara, ese Lara.... No temas , amigo , yo te enviaré tus compañeros ; yo volveré á socorrerte , si el cielo quiere que vuelva.

El Soldado admirado le indica el camino que ha de seguir. Zora toma su Caballo , se entrega á su celeridad, le excita , vuela , llega á las trincheras,

las

las guardias quieren detenerla, pero Zora no oye sus voces. Id, les dice, id á comunicar al cruel Lara, que el Gobernador de Cártama le desafía y le espera aquí: decidle que nada tema, que vengo solo, y si lo quiere, yo pelearé cercado de vosotros: que no tarde un instante, sino es el mas cobarde de los hombres.

Las guardias se pasman de tanta osadía, y dudan si deben obedecer; pero el respeto de los Españoles á un Guerrero que pide la lid, es para ellos una ley sagrada. Uno va á dar aviso á Lara, y entre tanto la jóven africana, sin olvidar, en medio de su furor, los deberes de la santa humanidad, envia dos Soldados en busca del compañero herido.

Lara no habia todavía vuelto, é Ismael le esperaba impaciente. El mensajero, sabedor de que está en el Con-

sejo, no se atreve á turbarle, y entre tanto habla con el Numida, contándole que ha venido á desafiar á Lara el Gobernador de Cártama.

A este nombre, se levanta Ismael, encendidos en furor los ojos. ¡Dios justo! exclamó: tú lo traes á mis manos: el pérfido viene á perseguirme, viene á pedir mi cabeza á mi vencedor generoso. Christiano, ¿permitirás tú que tu valiente General, fatigado del combate y de la excursión de la noche, vaya á exponerse contra ese traidor? ¡No! si amas á Lara, si te dignas de escuchar la voz de un cautivo, á quien él honra con su estimación, si quieres merecer de mí los beneficios que excedan á tu esperanza, préstame tus armas, ponte delante de ese Abencerrage que viene aquí con siniestros designios, y te deberé la suprema dicha de exponer mi vida por un héroe amado de mi

corazon , amado de vuestro ejército. 7

El Soldado titubea : Ismael le conjura , le insta , le entrega los brazales de oro que adornan sus brazos y piernas ; promete por el Dios del cielo de disculparle con Lara , responde de todo con su cabeza , y el Soldado en fin se despoja de sus armas , é Ismael se las viste con precipitacion. La herida le atormenta baxo la pesada coraza ; pero el odio contra Osman , los zelos ardientes , la necesidad de vengarse , le hacen olvidar el dolor : monta sobre el Caballo de Lara , baxa la visera de su casco , y guiado por el Soldado , el acero en la mano , lleno el corazon de rabia , corre al sitio en donde su esposa irritada con la tardanza , se indigna , amenaza , se agita , arde por bafiarse en sangre. 7

Apénas se descubren , engañados por la noche , ciegos de furor , llenos del im-

implacable odio nacido de su propio amor, se arrojan uno contra otro. Ninguno pronuncia una sola palabra; ámbos temen igualmente ser conocidos; ámbos tienen igual interes en ocultarse. Las espadas, cubiertas de sangre, no paran los golpes contrarios, solo buscan el paso al pecho del enemigo: morir no es nada, si matan. La astucia ejercitada tantas veces, se olvida en este instante: el valor no es mas que rabia feroz. Descúbreñse para herirse mejor, acércanse para que sus heridas sean mas profundas, se abrazan en fin, se levantan de los Caballos, caen juntos, se vuelven á levantar, vuelven á abrazarse; temerosos de que su azero hierre el camino del corazon.

¡Desgraciado Ismael! ¡Desventurada Zora! ¡Qué funesto terror os domina! ¡Qué horrible delirio os trans-

por-

porta! ¡Ay! vuestras manos furiosas
 se tocan, vuestro aliento se confunde,
 ámbos os estrechais entre vuestros bra-
 zos, y nada os advierte, nada os anun-
 cia que teneis delante el objeto de
 vuestra adoracion! ¡Vuestros tiernos
 corazones palpitan uno junto á otro,
 y no se reconocen! ¡Vosotros que en-
 tendiais una sola mirada, un solo sus-
 piro, vosotros que no podiais existir
 sino reunidos, ahora lo estais, ahora
 os abrazais, y es para daros la muer-
 te! ¡Deteneos crueles, deteneos: cal-
 mad ese atroz furor, suspended esos
 golpes impíos, hablad una palabra,
 una sola palabra, y os postraréis ám-
 bos de rodillas, lavaréis con vuestras
 lágrimas las heridas que habeis hecho,
 fixaréis vuestros labios moribundos so-
 bre el seno que despedazais!

¡Deseos inútiles! ¡Vanos lamentos!
 El furor en su colmo, nada ve, nada



escucha. Enardecidos en su venganza, rabiando de zelos y dolor, Ismael hiere dos veces á Zora, y quiere volverla á herir: Zora abre dos veces con su espada el pecho de Ismael, y busca por donde envaynarla mas profundamente. Al fin falto de sangre, debilitado ya por su primer combate, Ismael empieza á ceder, y Zora se arroja, redobla sus esfuerzos, le acosa, le hiere, le derriba, y metiéndole la espada hasta el puño, muere, le dice, bárbaro; pero ántes de espirar, sabe que mueres á manos de una muger: Zora te da la muerte, Zora, la esposa de Ismael, que venga al esposo que adoraba.

Al oír estas palabras, al sonido de la voz, levanta Ismael la cabeza, recoge sus espíritus fugitivos, y juntando sus fuerzas desfallecidas, Zora! dice, Zora!.... ¡y tú eres quien me qui-



ras la vida! ¡y contra tí mi mano!....

No acabó: Zora se arroja, desata el casco, mira.... Los primeros rayos del día le muestran el rostro pálido de Ismael.

Pálida como él, muda, inmóvil, traspasada de dolor, lo considera atentamente. Querria, pero no puede dudar de su delito. Sin pronunciar una palabra, sin poder hacer ningun movimiento, permanece absorta y yerta, los cabellos erizados sobre la frente, los labios blancos entreabiertos, los ojos asombrados, fixos sobre los ojos de Ismael, quien, con mano trémula, busca y toma la mano de Zora.

¡Ó dulce amiga mia! le dice: ¡ó amada esposa! Calma tu horrible desesperacion, perdónate tu error, como Ismael te lo perdona. Tú querias vengar mi muerte, y yo creia castigar al pérfido Osman: tus manos sangrien-

tas estan puras : el golpe mortal que me has dado, me prueba tu amor. Yo espiro mirándote, estrechando tu mano querida, apoyándola sobre mi corazon: mi muerte ya no es dolorosa. En nombre de nuestro amor, ó tier-na Zora mia, en nombre de nuestro digno padre, que no tendrá mas hijos que tú, prométeme vivir para con-solarle: prométemelo al instante: la implacable muerte me cerca, ya lle-ga;... yo la siento.... Á Dios, Zora, bien mio.... Á Dios, único amor mio... Ismael te perdona su muerte; concé-dele á lo ménos tu vida.

Su voz desfallece, sus ojos se cier-ran, inclina la cabeza, y la mano fria suelta la de Zora. Ella inmóvil le mira aun algunos instantes. De im-proviso, tiémblanle las rodillas, los brazos caidos, rechinan sus dientes, se inclina, se acerca al rostro de

(101)

Ismael, busca sus labios, apriétalos con fuertes convulsiones, se abraza al cuerpo helado, y exhala el último aliento.

FIN DEL LIBRO VII.




P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

G 3

SUMARIO DEL LIBRO VIII.º

Dolor de Lara, quien tributa los últimos oficios á Ismael y á su esposa. Llega Gonzalo. Alegría del ejército y de los dos amigos. Terror de los Moros, que quieren huir á la ciudad. Almanzor los detiene. Llama á Gonzalo á la lid. Isabel acepta el duelo. Tormentos del héroe. Viene á buscarle un Trobador. Halla á Zulema en un bosque. Su virtud vence al amor, y vuelve al ejército. Asáltanle los Bereberes. Combate y muerte de Almanzor. Batalla general. Hazañas y generosidad de Gonzalo. Victoria de los Españoles.

LIBRO OCTAVO.

 Muerte! ; Muerte, terror de todos los hombres y su único reposo! Ninguno te miraria como una desdicha, si descargas tus golpes, á un tiempo, sobre los amigos fieles y sobre los tiernos amantes. Dexar de existir no es doloroso; separarse es el mayor de los males. No es desdichado el que á los últimos ó á los primeros dias de una gloriosa carrera; satisfecho de sí mismo, desciende con su gloria al descanso del eterno sueño; pero la amante, el amigo, que recogen sus cenizas, no conservando otra cosa de la vida sino la facultad de padecer, esos son verdaderamente desdichados, esos merecen nuestras lágrimas. Inútil, extranjero en el mundo, semejante al

tris-

triste viagero perdido en las regiones lejanas, el que sobrevive al objeto amado, se cree en medio de un pueblo salvaje. Habla, y nadie le entiende: le hablan, y no puede responder. Su corazón ignora el lenguaje de la indiferencia: los hombres que ve, no son sus hermanos, pues no lloran con él. Inaccesible aun á las dulces emociones de la virtud, la mira como una obligación, sin acordarse de que es un placer. Solo, desamparado en el universo, vaga por un desierto inmenso, donde nada interesa á su vista, y donde sus ojos fatigados nada buscan sino un sepulcro. Él es el objeto á que se dirigen sus pasos; él es el suspirado término de sus deseos, de los cuales huye alejándose continuamente. ¡Ó Zora! ¡Ó tierno Ismael! ¡á lo ménos peracisteis juntos! ¡Vuestras almas siempre reunidas; irán á amarse en los

los altos cielos! ¡Ay! vuestra suerte, aunque tan llena de horror, la envidia el corazon solitario, que ya solo vive en sus amargas memorias.

Los dos desgraciados esposos habian terminado su vida, y la Guardia Española los rodeaba, inclinadas las cabezas, cruzadas las manos, en el silencio que inspira la piedad, quando Lara salia del Consejo, despues de haber obtenido del Rey la libertad de su cautivo, y venia reclamando el combate que le usurpó Ismael: ¡qué espectáculo se presenta á su vista! Los dos amantes, tendidos sobre la yerba teñida en su misma sangre, las manos frias enlazadas, los rostros pálidos vueltos uno á otro, y los labios entreabiertos, como si buscasen su postrimer suspiro.

Lara despide un profundo gemido, y los Castellanos le cuentan el error
fa-

fátal de los esposos. El héroe se estremece, derramando copioso llanto; y atribuyéndose con amargo dolor la causa de su muerte, quiere á lo ménos, honrando sus cenizas, tributarles la última ofrenda de su triste amistad. Un mismo sepulcro encerró aquellos despojos, sobre los quales plantó la mano de Lara dos mirtos entrelazados: «creced, les dixo, árboles del amor, creced en la tierra, en donde reposan dos desdichados á quienes el amor dió la muerte. El viagero, el Guerrero sensible, que pose á vuestra sombra, sentirá latir su corazón, y correr, á pesar suyo, sus lágrimas: los esposos de esta comarca pronunciarán, baxo vuestras ramas, sus tiernos juramentos; y los perjuros, si los hay, se apartarán llenos de rubor, sin atreverse á hollar la yerba que cubra este sepulcro sagrado.»

En

En habiendo cumplido estos tristes obsequios, Lara vuelve al trabajo de la nueva ciudad. Ya los profundos fosos estan revestidos de fuertes murallas; los terraplenes dominan los llanos, las puertas giran en los goznes, las obras abanzadas son ya defensas, las barracas hechas á la ligera muestran solamente el lugar en donde se levantarán los edificios, sirviendo de asilo á los Soldados, á los Capitanes, á los Reyes mismos, quienes no quieren otro palacio que el de la Alhambra, contentos con vivir en las sencillas habitaciones que ocupan sus Guerreros.

Los Moros, admirados al ver una ciudad en lugar de un campamento derrotado, pierden la esperanza y la audacia, que les habia inspirado la victoria Boabdil, privado de Almanzor, á quien sus heridas no permiten pelear,

lear, no pudo oponerse á la empresa de Isabel, ni osa fiar, á la suerte de las armas, el destino de su imperio. Los Alabéces y Almoradies rodeaban continuamente al héroe, contemplando en su augusto semblante, para saber si estará pronto en estado de guiarlos á nuevas victorias: todos los Soldados, penetrados de respeto y ternura, cercan de rodillas su tienda, pidiendo al Ser Eterno que les vuelva su amparo, su padre, el objeto de su reconocimiento y veneracion.

Solo Alamar, envidioso de la gloria de Almanzor, de quien por lo ménos se juzga igual, indignado de que el ejército se crea sin General mientras Almanzor no puede pelear, Alamar medita, en el retiro de su pavelon, nuevos crímenes. Ardiendo siempre en un amor feroz, por la hija de Muley-Hassem; sabia que la Princesa

estaba de vuelta en Granada, y que Almanzor y Muley han prometido protegerla y defenderla de su furor. Contando poco con la palabra del inconstante Boabdil, el Africano discurre en su interior entrar por la noche en Granada, arrebatár á Zulema de su palacio, y ocultar su presa en los estados que obedecen á su poder.

El sol estaba en medio de su carrera, quando de improviso se oye en la ciudad española un gran tumulto, y las voces y alegres aclamaciones anuncian algun feliz acontecimiento. Las centinelas de las murallas quieren dexar sus puestos: las guardias abanzadas, instruidas por emisarios, participan de la pública alegría: vense sobre los muros los Capitanes, los Soldados, abrazarse unos á otros, darse el parabien, rendir gracias al cielo, y amenazar, con los ademanes y las palabras,

bras, las torres soberbias de Granada.

Gonzalo acababa de llegar: Gonzalo, entre mil peligros, habia atravesado las Alpujarras y veia en fin la nueva ciudad. Muéstrase, y en siendo reconocido, millares de voces resuenan por los ayres, repitiendo su nombre glorioso. ¡Nuestro héroe! ¡el gran Capitan! ¡El cielo nos vuelve nuestro Salvador! Españoles, corred todos, venid á ver el invencible Gonzalo.

Los Soldados salen precipitados, amontonándose al rededor del héroe; le cercan, le estrechan, y el tropel detiene su caballo. Éste quiere tocar y besar sus armas, aquel aliviarle de su peso, todos le piden, le obligan á baxar, lo levantan entre sus brazos, y disputándose este honor, lo llevan en triunfo, á los Generales, á los Capitanes, que venian á encontrarle.

¡Di-

¡Dichoso Lara! Tú los precedias á todos : á tí buscaba Gonzalo. Apenas se ven , ámbos corren , se abrazan , juntan sus corazones por largo tiempo , lloran sin poder explicarse : luego se miran , y sus ojos no se sacian del placer de verse : sus lenguas balbucientes articulan algunas palabras , que ahogan los sollozos ; pero ámbos se entienden , ámbos se responden , y abrazándose otra vez parece que temen el volverse á ver separados. ¡Valeroso Gonzalo! ¡animoso Lara! ¿qué laureles , qué victoria igualó jamas la felicidad de este momento?

En habiendo satisfecho el primer movimiento de sus almas , Gonzalo , sin soltar la mano de su amigo , responde á las muestras de afecto que le manifiestan los demas Guerreros. Aguilar , Cortes , Medina , Guzman , le dan el parabien. El héroe , rodeado de insig-



nes Capitanes, va hácia donde está la Reyna, siguiéndole todo el ejército, que llenaba el ayre de alegres cantos.

Isabel sale á recibirle con Fernando: Gonzalo dobla la rodilla, la Reyna al punto le levanta, le manda sentarse á su lado, recibe de su mano el tratado que el pérfido Rey de Fez quiso sellar con un crimen, y se estremece al contemplar los peligros que amenazaron á su Embaxador. El Rey de Aragon habla de venganza: Isabel solo habla del héroe. Pensemos, dice, en lo que debemos á Gonzalo: nuestro poder no alcanza á satisfacerle; pero la estimacion de su patria, la veneracion del ejército en sus señales de alegría y amor que habrán llenado su corazon, ésta es su digna recompensa. Gran Capitan, tú estabas ausente: el Moro nos venció: muéstrate, y Granada cae. Tus Reyes, tus Soldados, tus iguales, todos

dos confiesan con orgullo que tu brazo manda á la victoria.

Dixó , y dexa á Gónzalo con el fiel Lara. Los dos héroes , robándose á la multitud que les rodea , se retiran á un mismo asilo , y entregándose en libertad al sentimiento que ocupa sus corazones , multiplican las preguntas , quieren responder á un tiempo , y cada uno hablando de sí , se interrumpe á sí propio para hablar de su amigo. Empezan repetidas veces la historia de lo que ha padecido uno sin otro : lloran de alegría al acordarse de sus propios peligros ; de ternura al saber los riesgos que ha corrido su amigo. Lara quiere ver y abrazar al fiel Pedro que libertó en Fez á Gonzalo, le llama , va á buscarle , le apellida su bienhechor, le estrecha entre sus brazos , le pide que le cuente las hazañas de Gonzalo en la embarcacion , colma al anciano



no de caricias, y disputa á su generoso amigo el derecho de la recompensa.

Luego escucha en silencio los sucesos que interesan á Zulema. Instruido tiempo hábia de la pasion de Gonzalo, oye sin admiracion que le ama. Los beneficios de la hermosa Mora, su tierno reconocimiento con su Libertador, excitan la gratitud de Lara; pero ménos ciego que un amante, no se atreve á esperar que el dulce himeneo sea el premio de una paz, que mira como imposible. Lara sabe los designios de Isabel, el voto que ha hecho de perecer ó apoderarse de Granada: oculta sí á su amigo este voto, finge, por no afligirle, que toma parte en su falsa esperanza, y respetando su amistad delicada una ilusion que ha de durar poco, prepara el consuelo para los pesares que prevé.

Entre tanto, la fama veloz habia
lle-

llevado, hasta el campo de los Moros, la noticia tan temida de la llegada de Gonzalo. Un súbito terror se apodera de los Granadinos: los unos recuerdan pálidos la victoria que ganó á Abenamet; los otros, su entrada en Granada; todos tiemblan, amedrentados, corren al pavellon del Rey, rodean á Boabdil, pidiendo á voces el volverse detras de sus muros, amenazándole de abandonar el campo, si el Monarca quiere detenerlos.

Boabdil, Muley-Hassem, los Xefes de las tribus, Alamar mismo, no son bastantes á aplacar el pavor: nadie escucha sus discursos, ninguno reconoce su autoridad: el temor fomenta la sedicion entre los Soldados, les hace perder el respeto á su Rey, vuelven en tumulto á sus tiendas, cargan sobre sus hombros lo que cada uno tiene de mas valor, y creyéndose ya per-

seguidós por Gonzalo , huyen hácia la ciudad. El campo quedara desierto, si el grande Almanzor no se hubiera presentado.

Almanzor , advertido por su padre, sale medio desnudo del lecho en que le tenia el dolor de las heridas, toma una lanza que ayuda á sus tardos pasos, y sin turbante , sin alfánge , cubierta la frente de palidez , cargado de la gloria del heroismo , viene á presentarse delante de los fugitivos. ¿Dónde correis, hijos de Ismael? les dice con voz terrible : ¿qué funesto delirio os domina , y qué pensais evitar? ¿La muerte? vosotros mismos la vais á buscar, y la llamais sobre vosotros. El Español de lo alto de sus muros , baxará en un momento, se arrojará sobre vosotros, degollándoos como un vil rebaño. No os hablo del honor, que nada puede en vuestros viles ánimos : no os ha-

hablo de vuestra patria, del Dios á quien faltais, de vuestras mugeres, de vuestros hijos que sin duda habeis vendido: solo os imploro por vosotros mismos; por esa vida que tanto amais, y que vais á entregar al enemigo: deteneos, ó pereceréis. Esperad al ménos que la noche pueda, no ocultar vuestra ignominia, sino asegurar vuestra fuga: esperad que la obscuridad retrarde algunos instantes esa muerte que mirais con tanto terror, y que un Guerrero asegura desde el punto en que empieza á temerla. ¿Dudais? ¿Temeis todavía que ántes que acabe el día venga Gonzalo á acometeros? Sosegaos: yo solo pelearé, yo solo baxaré al sepulcro, ó libraré al ejército del enemigo que le atemoriza. Rey de Granada, manda que vaya un Heraldo á desafiar en mi nombre á Gonzalo, anunciándole que mañana al amanecer, en

presencia de los dos exércitos, le llamo á duelo de muerte. Y vosotros, cobardes Granadinos, que en otro tiempo no me abandonabais, ¿querreis ántes de huir, verme morir ó triunfar?

A estas palabras, se detienen los Moros: los Soldados llenos de rubor consienten en permanecer en el campo: Boabdil envia el Heraldo: Muley-Hassem, bañado en llanto, guarda un profundo silencio, estrecha á su hijo entre sus trémulos brazos: Alamar encubre su rabia debaxo de vanas lisonjas; y los Xefes, inclinada la cabeza, no se atreven á entregarse á la alegría.

El Heraldo marcha, precedido de dos trompetas; llega á las puertas de Santa Fe, los puentes se baxan, véndanle los ojos, y le conducen á la presencia de los Reyes. Gonzalo entónces, con todos los Generales, estaba al lado de Isabel, persuadiendo á la Reyna
las

las ventajas de una dichosa paz: Anuncian el Heraldo de los Moros: entra y, doblando la rodilla, dice: Reyes de Castilla y Aragon, yo vengo, en nombre de Almanzor, á llamar á desafio á Gonzalo de Córdoba. Mañana al amanecer, delante de nuestro ejército, el Príncipe de Granada le esperará en la llanura, y solo la muerte de uno de los dos podrá separarlos.

Gonzalo lanza un doloroso suspiro, que la Reyna cree efecto de su gozo, y sin darle tiempo para hablar, Heraldo, dice al enviado, Gonzalo acepta el desafio; Fernando lo conducirá en persona; nosotros damos nuestra Real palabra: ve á llevar mi respuesta.

Entonces vuelta á Gonzalo, que procura ocultar á sus ojos la turbacion que le agita, columna de mi trono, le dice, mis votos fuéron al fin oidos. Quando ese bárbaro dió la muerte á mi
yer-

yerno; lo único que pedí al Señor fué que le entregara á tus brazos : el Todopoderoso me oyó. ¡ O hija mia ! alégrate : la muerte de Alfonso quedará vengada.

Fernando la escucha regocijado; despójase de su terrible espada, la misma que en las manos del Cid; vengó á su patria y su padre, conquistó á Ximena y Valéncia, y guardaban los Soberanos de Aragon como un tesoro precioso. O tú, dice á Gonzalo, tú que tanto semejas á Rodrigo; recibe ésta su espada. Á mí me pertenece por mi corona; á tí te toca mas por tu valor. Castigüe este acero al matador de Alfonso; haga triunfar á la España, y quede para siempre en las manos mas dignas de traerlo.

Todos los Generales aplauden; todos rodean al héroe, celebran su victoria; anuncian la pérdida de Grana-

da en faltándola su defensor, y entregándose á la alegría de ver triunfar á un rival en la gloria, manifiestan que los corazones generosos saben admirar sin envidia.

Gonzalo turbado, abatido, apenas puede responder á la Reyna, á Fernando, á sus compañeros: va á hablar para decir que Zulema salvó su vida, que los lazos más dulces y más estrechos lo unen á la Princesa, que su hermano es sagrado para él; pero el honor, el severo honor, el idolo de las almas grandes, el honor que en nada estima las penas de los corazones sensibles, impone silencio al héroe. ¿Cómo ha de negarse á un duelo? ¿Cómo pudiera engañar la voluntad de sus Reyes, la esperanza de todo el ejército, y sacrificar al amor su deber, su patria y su gloria? Combatido de estos encontrados pensamientos, se aparta
del

del tropel que le cerca , retirándose en compañía de Lara.

Entónces arrojándose entre los brazos de su fiel amigo , baña su rostro con sus lágrimas , y le repite mil veces el juramento que hizo á su amada de respetar siempre á Almanzor : le hace presente el ostáculo insuperable que su victoria opondrá á su himeneo con la Princesa ; el dolor , la rabia de Muley-Hassem , la amenaza de Zulema de ahogar para siempre su amor , si derramaba la sangre de su hermano : ella dexará de amarme , dice con desesperacion ; amigo , no , tú no puedes comprehender , no puedes concebir la desdicha , la horrible desdicha de no ser amado de Zulema. Yo sufriré su ausencia , padeceré todo género de penas , todos los tormentos de los zelos , arrastraré mi triste vida , esperando un siglo entero la felicidad de verla un momento.

men-



mento; pero ¡faltar á la fe jurada! ¡hacer correr sus lágrimas! ¡atraherme su odio! ¡gran Dios! ¡el odio de Zulema!... No, amigo: moriré primero, perderé mi estéril gloria : quítame tú mismo la vida , ántes que yo cometa tan horrible delito.

Lara le escucha en silencio : Lara no necesita recordarle lo que debe á su patria : las lágrimas de Gonzalo manifiestan que no lo ha olvidado. Lara le abraza, le estrecha sobre su corazón, y temiendo que se lo niegue, propone, con voz tímida, el pelear por su amigo. El héroe desecha esta oferta, que humilla su valor , y atemoriza su amistad. El peligro es grande con Almanzor : Gonzalo no puede cederlo... ¡Gonzalo exponer la vida del mortal que mas quiere ! esta idea le estremece: manda á Lara, que no vuelva á instarle, se arrepiente de haberse explicado de-
ma-

masiado, y resuelto á cumplir su deber, piensa en desplegar toda su fuerza, toda su astucia, para preservar su vida sin atacar á su enemigo.

Miéntras concibe esta chímérica esperanza, la noche que se adelanta con las estrellas, obliga á los dos amigos á tomar un sueño ligero, quando de improviso los despierta uno de los Soldados que guardaban las puertas. Gran Capitan, le dice, venid á oír un Trovador de estos que vagan por España, cantando las hazañas de los héroes y las penas de los amantes fieles, que solo, del otro lado de las trincheras, pide el hablaros.

El enamorado Gonzalo, que cree que todo el universo ha de hablarle de Zulema, se levanta con precipitacion, pide á su amigo que no le acompañe, y va á las puertas con el Soldado. Apenas está en lo alto del muro, descu-

bre

bre á lo lójios el Trovador envuelto en una ancha capa , junto al foso , cantando con dulce melodía , escuchando atentas las centinelas.

El sonido de la voz que Gonzalo quiere reconocer , y el misterio que muestra el extrangero , excitan la curiosidad del héroe : manda abrir las puertas , y va á hablarle : mírale á la claridad de la luna , y reconoce baxo este traje á Amina , la fiel Amina esclava de Zulema. Su alegría le hace despedir un grito , é inquieto le pregunta , en donde respira la que adora. En este bosque está , le responde la esclava , mostrándole una colina que se distinguia desde el pie de la muralla : por veros y hablaros ha salido de Granada : por órden suya vengo así disfrazada , para llegar hasta aquí , para buscaros y llevaros á su presencia

El héroe marcha , dexa atras la

esclava que le habia de guiar ; corre, llega al bosque , ve á la Princesa y se arroja á sus pies ; quiere hablar ; y las lágrimas interrumpen sus palabras: aprieta la mano querida llegándola á su boca ; pero Zulema la retira dulcemente, y afirmando la voz que su emocion habia alterado, le dice : ¿ qué he oido ? ¿ que horrible voz me ha obligado á dexar á Granada, á buscaros, sola, de noche, en medio de este bosque desierto, á faltar por vos á mis deberes, á mi padre, á mi patria y á mí misma ? ¿ Es cierto que mañana habeis de perecer, ó matar á mi hermano ? ¿ Es cierto que la espada de que yo os armé, ha de atravesar el pecho de Almanzor ?

Zulema, le responde Gonzalo, no aflijas á un desdichado : Almanzor me llamó á la lid, mis Reyes recibieron su cartel, mis Reyes y todo nuestro

exér-

ejército, han puesto su causa en mis
 manos. ¿Podia yo negarme á sus de-
 scos? ¿Debia yo declarar nuestros se-
 cretos, ó dar que sospechar de mi va-
 lor? No, tú no lo hubieras permitido:
 tú misma me hubieras estorbado en-
 vilecerme á los ojos de mi patria, y
 merecer su desprecio. Pero calma, so-
 siega tu corazon: mi lanza y mi espa-
 da solo servirán mañana para mi de-
 fensa: mañana espiraré ántes que ame-
 nazar la vida de Almanzor: espiraré
 dichoso, moriré por lo que mas amo,
 por el honor y por Zulema.

Escucha, dice la Princesa, yo no
 soy mas que una muger débil, poco
 instruida en las bárbaras leyes que
 guardan los héroes en sus lides. Tal
 vez me sería lícito recordarte tus ju-
 ramentos, y preguntarte si el honor,
 el honor sagrado de las almas puras,
 que no siempre es el de los Guerreros,

no te prohíbe volver tu espada contra el hermano de tu amante, faltar á las mas santas promesas, dar la muerte á mi virtuoso padre entre las lágrimas y la desesperacion; pero yo te adoro, Gonzalo, y todo lo que contribuye á tu gloria, es respetable á mis ojos. No temas que yo venga aquí á darte consejos indignos de tu valor, á abusar del dominio que sobre tí tengo, para pedirte una vileza: no, Gonzalo, no lo temas: yo vengo á jurarte otra vez, que tú eres el único que he querido: que hasta el último instante, no quereré sino á tí solo: vengo, cierta de mi muerte, á decirte por la última vez....

¡Cielos!.... interrumpe el héroe, ¿quieréis?... Quiero que me oigas, que conozcas mis desdichas, y que tú mismo juzgues si puedo soportar la vida. Yo debo darte cuenta de los motivos que tengo para acabar unos dias

que

que te pertenecian á tí solo: Sabe lo que ha pasado: sabe que desde la cima de la felicidad, me veo repentinamente sumida en el abismo del infortunio. Yo habia hablado á mi padre; le habia contado todo, y habia movido su corazon sensible. Advertidos secretamente que el impío Alamar osaba amenazarme todavía, ibamos á salir de Granada, y huir para siempre de Boabdil. Una nave cargada con nuestras riquezas, debía llevarnos á Sicilia. Allí tú hubieras venido, luego que la paz ó una tregua te hubiera permitido separarte de tus Reyes: allí, tranquila entre los Christianos, profesando tu religion santa, tanto tiempo ha la mia, te hubiéra dado mi fe delante de tus altares: mi padre amado lo consentia: allí, pacíficos, incógnitos, olvidados del resto del mundo, ocupados solamente en agradarnos, en

hacer feliz ese digno anciano, en gozar continuamente de aquellos placeres suaves de que solo juntas disfrutaban dos almas puras, hubieramos visto correr nuestros rápidos dias, los pocos dias que el cielo concede á los humanos para la ternura y la felicidad. En este instante en que yo contemplaba las dulzuras de esta esperanza, vienen á comunicarme que mañana tú matarás á mi hermano, ó recibirás de él la muerte. Porque no te halucines, Gonzalo, no creas que podrás, con Almanzor, evitar la muerte sin dársela : mi hermano tan valiente como tú, tan exercitado en vuestro terrible arte, ha prometido perecer ó inmolarle. Mi hermano cumple sus palabras : su causa es mejor que la tuya : él quiere libertar á su patria, tú quieres sujetarla : él pelea por salvar á su esposa, tú peleas para perder á tu

aman-

amante, para imposibilitar para siempre el himeneo, aquel tierno himeneo, tan difícil ya por tantos obstáculos, cuya ilusión me consolaba, y mantenía mi existencia. Si la fortuna es igual, si el cielo es justo, tú serás vencido. ¿Y piensas que yo podré vivir después? Si tú triunfas, debo aborrecerte, y la muerte me es mas fácil. Á Dios pues, desdichado amigo; á Dios, pues que puedo todavía darte el dulce nombre de amigo, hablarte, mirarte, apretar sin delito esta mano querida que yo esperaba unir á la mia; esta mano que dentro de una hora.... Á Dios; Gonzalo, á Dios para siempre.

En pronunciando estas palabras, un temblor se apodera de ella, suelta con violencia la mano de Gonzalo, pronuncia á Dios sollozando, quiere alejarse, y cae privada de sentido. El héroe la levanta, la esclava acude á



socorrerla; pero nada la vuelve en sí y ya los primeros fuegos de la aurora empezaban á brillar en el horizonte.

Gonzalo, fuera de sí, le enágená el amor, le oprimen los sollozos, descubre el dia sin poder dexar á su amante, la ve pálida, sin vida, caida la cabeza, esparcidos los cabellos; sostiene en sus brazos, siente correr por sus manos trémulas las lágrimas, que salen aun de los párpados de Zulema. Su razon le abandona, y ya no piensa en el combate aplazado; sólo piensa en su amante, sólo ve á Zulema en el universo. El tiempo corre, la hora se acerca; olvida.... y de repente su vista se dirige á su espada, á la espada del Cid que le acababa de dar su Rey. Entónces queda inmóvil: el nombre, el nombre grande que le viene á la memoria, el uso para que le fué dada, la sangre del

del padre de Ximena que derramó Rodrigo á pesar de su amor, todo en un instante recuerda á Gonzalo los deberes á que iba á faltar. El rubor colora su rostro, y un frio sudor discurre por sus miembros: la imágen de Lara se ofrece á su vista, Lara que le espera, que responde al ejército por el honor, por la gloria de su amigo... ¡y la aurora ha salido ya!... ¡y quizá se duda!... Gonzalo lanza un horrible grito, pasa á los brazos de Amina el cuerpo amado que sostenia, toma la mano de Zulema estampando en ella sus labios, parte, vuelve veloz, encarga su cuidado á la esclava, toma otra vez la cara mano que baña con sus lágrimas, llama todas sus fuerzas, se arranca en fin del lado de su amada, y temeroso de volver los ojos, apresura la marcha hacia Santa Fe.

Aun no habia salido del bosque, quando oye voces y gemidos, y ve una tropa de gente de á caballo, dispersa por el monte, llenando el ayre de sus fúnebres acentos. Los tristes Bereberes; que dexó en Cártama Zora, inquietos sin saber la suerte de la jóven esposa, la buscaban desde el dia anterior, y acababan de saber que habia perecido junto á los muros de la ciudad Christiana. Penetrados de dolor, ardiendo en deseos de venganza, apenas divisan á Gonzalo, sedientos de la española sangre, se reunen para acometerle. El héroe saca la espada, y poniéndose al abrigo de los árboles para defenderse de tantos, mantiene á pie, sin coraza, el peligroso combate. Caen muchos á sus golpes; pero precisado á huir de árbol en árbol, ve con desesperacion, que otro nuevo enemigo sucede al que acaba de vencer.

cer. Corre el tiempo, aparece el sol, ya brilla en los cielos: Gonzalo dobla sus esfuerzos, procura apoderarse de un Caballo; pero ellos huyen, y no conocen mas que á sus dueños: quiere abrirse paso al través de las lanzas; pero los Bereberes, ligeros como el ayre, le cercan y le estrechan por todas partes.

En este tiempo el valeroso Almanzor, al despuntar los primeros rayos del dia, habia pedido sus armas. Débil por sus heridas, pero sostenido por su virtud, por el amor á su patria, se cree con todas sus fuerzas, y jamas se sintió con mas ardor. Vístese la reluciente coraza, cubriéndola con una cota de malla, impenetrable al mas agudo acero: ciñe su cabeza con el turbante, forrado con tres hojas de acero, sujetándolo y asegurándolo con una cadena de metal: un manto pur-

pu-

pureo desciendo hasta la cintura, en
 donde está pendiente de anchos anillo-
 s de oro, un alfange templado en
 Damasco: toma la lanza y el escudo,
 y ántes de salir de su tienda, hincó la
 rodilla ante el Ser Eterno, y alzando
 la voz dice: Dios de la victoria y la
 justicia, Dios que miras en lo mas
 profundo del corazón de los hombres,
 tú sabes la intención que me anima:
 tú sabes que tu ley santa, tu culto
 que intentan destruir, mi patria que
 quieren esclavizar, es lo que hoy me
 lleva á pelear con el mas formidable
 Guerrero. Haz que mi fuerza iguale
 á mis ánimos: haz, á este tu Soldado,
 digno de tu causa, y sostenme con tu
 brazo poderoso. Si mi hora ha llega-
 do, si mi destino se cumplió, Dios
 de bondad, cuida de mi cara esposa;
 guárdala desde lo alto de tu trono,
 estorba que la postre el dolor. ¡Ó

Alah!

Alah!; yò no sentiré morir, sí Moraima vive.

Después de pronunciadas estas palabras, acompañadas de algunas lágrimas, levántase el héroe con augusto continente, marcha con planta veloz, monta sobre el Caballo que tenían quatro esclavos, y se endereza tranquilamente al lugar señalado para el combate.

El ejército de los Moros, mandado por Boabdil, Muley-Hassem y Almanzor, le sigue formando sus esquadrones por aquellas llanuras. El anciano Muley, montado sobre un fogoso Caballo, viene á abrazar al generoso hijo; y sin poder hablar, sus corazones se comprehenden. El venerable anciano se aparta para ocultar sus lágrimas, y el grande Almanzor en medio del palenque espera, con semblante indignado, á su enemigo.

Los

Los Españoles salian al mismo tiempo de la ciudad, y Fernando en persona, mandando los batallones, forma un frente igual al de los Moros, reparte la caballería en las dos alas al mando de Aguilar y de Medina, y confiando el centro á Fernan-Nuñez, se coloca con los Caballeros de Calatrava en frente de Boabdil. Isabel, de lo alto de los muros, anima á los Soldados con su presencia, y solo esperan á Gonzalo para dar la última señal.

Lara inquieto le busca, sin atreverse á preguntar por él, discurre por la muralla, mira los dos ejércitos, divisa á Almanzor solo, esperando y buscando con los ojos al enemigo, oye que llaman á Gonzalo, y ninguno responde. Los Moros prorumpen en injuriosas voces, los Españoles se admiran, los Reyes, los Xefes, los Soldados, se quejan en voz alta, y ámbos

bos pueblos de concierto acusan á Gonzalo.

Lara descónsolado, arde en cólera, y en oyendó ultrajar á su amigo; nadie puede detenerle: corre á la tienda en donde el héroe habia dexado sus armas, se las viste con precipitacion, toma el escudo famoso en donde se distingue el inmortal fenix, monta el Caballo de Gonzalo, y calada la visera sale á carrera abierta, y se pone delante de Almanzor.

Los Castellanos muestran su alegría, los Moros guardan el silencio, Almanzor se apresta, las trompetas se oyen. Al modo que dos Águilas furiosas parten del norte y del mediodia, hienden el ayre con las veloces alas, y caen al encontrarse; así los dos héroes se arremeten, se juntan en el medio de su carrera, y al golpe caen los Caballos. Levántanse al punto, la espada

da en la mano, acércanse, y descargan sus brazos: el acero corta el hierro, y sus corazas despiden vivo fuego. El Moro, mas corpulento y mas astuto; menudea los golpes terribles: el Español, mas fuerte y mejor armado, se cubre y no prodiga los suyos: ámbos, sin perder terreno, agitando-se en el mismo sitio, buscan los parages indefensos, amenazan al pecho, tiran al casco, paran, atacan, avanzan, se retiran en un instante, siempre se oponen los escudos, siempre penetran sus mutuos intentos, los eluden, los previenen, y ninguno puede aprovecharse del movimiento que habia previsto. La vista no puede seguir las espadas que, ora levantadas, ora baxas, se revuelven, se cruzan en lugar de descargar. Aun no corre la sangre, la victoria está incierta, y solo la fatiga podrá declararla.

El impaciente Almanzor, que consiente en morir en triunfando, arroja el escudo, da hácia atrás tres pasos, empuña con ámbas manos el formidable alfange, y volviendo como un rayo, descarga sobre su enemigo, partiendo el escudo de Lara, corta la coraza, y la punta abre en el pecho una ancha herida, de donde mana la sangre. Lara cae con una rodilla en tierra: el Moro, lleno de esperanza, quiere asegundar, y el Español observa el instante en que el movimiento de los brazos levanta la cota de malla, le dirige un golpe certero, dexando su espada en las entrañas del héroe.

Almanzor le hiere de nuevo, y Lara palpitante cae sobre la arena. El Príncipe de Granada vencedor, queda en pie algunos momentos, vacila, cede, y va á medir la tierra al lado de Lara, bañado en su propia sangre.

Am-

Ámbos procuran levantarse; ámbos con débil mano buscan en vano sobre el polvo la espada que perdiéron; quando un Guerrero Christiano se muestra en el campo, despidiendo gritos y sollozos, y llega volando, abriendo los hijares del polvoroso Caballo, invocando el honor, la justicia y la amistad.

Los Castellanos piensan reconocer, en el escudo en campo de gules, al animoso Lara: los Moros creen ser un traidor, que viene á inmolar á Almanzor. Avanzan pues hácia él; los Españoles le siguen, los dos exércitos se acercan, se atacan con furor; se mezclan, cruxen las armas; la sangre corre en arroyos, los Guerreros caen, el campo se cubre de muertos.

Gonzalo era quien, libre en fin de los Bereberes, no habia encontrado otras armas que las de su amigo:

ve á Lara, se arroja al suelo, le levanta, siente palpitar aun su corazón, y lo confia á los Castellanos para llevarlo á Santa Fe. Luego corre hácia Almanzor, á quien los Alabeces socorrian. En vano lanza gemidos dolorosos al verlo privado de vida. Detiene los Aragoneses que iban á arrojarle sobre él, defiende de los suyos el cuerpo del héroe que causa sus lágrimas, protege, asegura la retirada de los Alabeces, que le llevan sobre sus escudos, y en viéndolos distantes toma el primer Caballo, saca la espada del Cid, se arroja entre el tropel, desesperado y fuera de sí, lleno de amor y de cólera, busca el peligro con ojos codiciosos, con ansia de perecer, acomete, desune, derrota los espesos batallones, vuelve al medio de las lanzas, inunda de sangre la tierra, pide la muerte, la provoca, la implora

y la desprecia á un tiempo.

Fernando, Cortes, Aguilar, se exceden en esta memorable jornada; pero sus hazañas desaparecen al lado de las de Gonzalo. Ligero y temido como el rayo, discurre por el ejército enemigo, sembrando la muerte y terror: inmola, disipa, desbarata quanto intenta oponérsele, ábrese un ancho camino en donde sus víctimas caen amontonadas, y aguija el fatigado Caballo, que apenas puede pasar sobre las armas y los cadáveres.

En medio de la horrenda carnicería, del tumulto, de los gritos de los fugitivos, el héroe descubre á Muley, á quien acometían quatro Españoles, defendiendo su cansada vida, pronunciando entre sollozos el nombre del hijo que habia perdido. Esta vista lastimosa aumenta los males de Gonzalo; y volando á su socorro, dispersa aquellos

llos enemigos , da su Caballo al anciano ; se pone á su lado cubriéndolo con su cuerpo , le guía por entre el tropel , le muestra á lo léjos Granada , y le abre el camino.

Entretanto Alamar , el terrible Alamar ; que venia de dar muerte á Velasco ; á Zúñiga , á Manresa , á Giron ; Alamar , cubierto de sangre , se presenta delante de Gonzalo. Ambos se paran , ámbos se miran ; jamas se vieron y se reconocen en su odio. Gonzalo está á pie , y el feroz Africano guía sobre él su Caballo : el Español lo evita al paso , y de un reves desgarrata al impetuoso animal. Alamar cae ; Gonzalo descarga el brazo sobre él ; y la piel de serpiente resiste á sus golpes ; el héroe ase á Alamar , le aprieta , le estrecha con todos sus miembros , lucha , rueda con él por la arena , y oprimiéndole con todo el peso

de su cuerpo, va á ahogarle, quando los Zegries y los Africanos llegan por todas partes, y se reúnen contra Gonzalo: Gonzalo suelta la víctima, y resiste solo á la multitud. Apoyado sobre un montón de cadáveres, cubierto con su escudo acribillado, puesto un pie sobre quatro Africanos que mueren mordiendo la tierra, en hiesta la cabeza, el brazo levantado, mostrando su reluciente espada, los insulta, los amenaza, dando tiempo á Fernando para llegar con la caballería. Los Moros se ponen en fuga, llevándose á Alamar entre sus esquadrones, corren, se precipitan, se atropellan, pasando al traves de su campamento, sin esperanza de defenderlo; y dexando á sus enemigos las tiendas, las riquezas, y los víveres, van á refugiarse á sus muros.

FIN DEL LIBRO VIII.

SU-

SUMARIO DEL LIBRO IXº

Angustias de Gonzalo. Tregua concedida á ruego suyo. Tristeza del pueblo de Granada. Dolor de Muley-Hassem y de Zulema. Estado deplorable de Moraima. Muerte de esta Princesa. Funerales de Almanzor y de su esposa. Gonzalo va á buscar á Zulema. Préndenlo, y échanlo en una mazmorra. Baxa Zulema la mazmorra, para llevarle un tósigo. Justifícase Gonzalo. Alamar viene á sacar al héroe para llevarle al suplicio. Los Españoles dan el asalto. Hazañas de Alamar. Socorro inesperado que reciben los Moros. Derrota de los Españoles.

LIBRO NONO.



El hombre virtuoso ultrajado, el inocente oprimido, encuentra, en el fondo de su alma, consuelo en sus penas contra la adversidad. La conciencia, aquel Juez supremo é infalible, cuya severidad no perdona cosa alguna, cuyo descontento es un castigo, los pone al abrigo de los remordimientos, único suplicio que temen sus corazones. Pero el verdadero amante, en el seno de la victoria, en medio de los triunfos, es el mortal mas digno de compasion, si teme alguna queja de la que ama. Poco le importan las lisonjas vanas, las ofrendas, las muestras de respeto de todo el mundo: el voto de su amada, su aprobacion solo necesita. Si ella no le da su estimacion, él no está cierto de merecer la suya

propia. Su alma toda en el ídolo adorado, ve y juzga por agenos ojos; y su virtud, fiera é independiente en presencia de todo el universo, tiembla y no osa creerse inocente, si puede sospecharla el dueño querido.

Gonzalo, cubierto de gloria, sufría este doloroso tormento. La hermana de Almanzor creía á Gonzalo matador de su hermano: Lara tal vez va á espirar, y Gonzalo ha causado su muerte. Estos tristes pensamientos le ocupaban en la batalla, y lo llevaron á buscar con tanto ardor, el peligro y la muerte. Indignado contra sí propio, despechado contra su fortuna, en viéndose sin enemigos, dexa á sus compañeros, y sin hablar á Fernando, sin descubrirse al ejército, va á buscar á Lara.

Isabel estaba con él. Al oír que sus heridas no son mortales, Gonzalo no

puede contener su alegría. Infórmase repetidas veces, estrecha entre sus brazos á su amigo inundándolo en sus lágrimas, y mezclando entre sus tiernas caricias las doloridas reprehensiones. Puesto de rodillas al lado del lecho, apellidándole su Dios tutelar, cuenta y publica en voz alta, lo que le habia hecho emprender la amistad, y declara deberle el honor.

Luego el héroe se retira con Isabel para instruirle de su violenta pasión, de sus promesas, de su secreto; cuenta á la augusta Reyna, como los beneficios y el reconocimiento han unido para siempre á Gonzalo con la hija de Muley-Hassem, y como habiendo sido llamado por ella la noche anterior, fué asaltado por los Bereberes, y se retardó su vuelta. No habla de sus hazañas contra los innumerables enemigos, exágerando su falta para au-
men-

mentar la gloria de su amigo.

Isabel le escucha admirada y enternecida, le consuela, y promete emplear sus esfuerzos para justificarle con su amada, para extinguir el odio injusto que animará al anciano Muley. Desde este instante, la sensible Reyna siente inclinarse á Zulema, á aquella que salvó la vida de Gonzalo, á aquella que adora al Dios de los Christianos; y dándole el nombre de hija, desea ya unirla al héroe.

En tanto, el Rey de Aragon, despues de haber entregado al saqueo el campo de los Moros, conduce sus tropas á Santa Fe. Boabdil envia Embaxadores, pidiendo la paz y sometiéndose á pagar el tributo. Los Reyes la niegan: Gonzalo implora á Isabel: la Reyna á sus ruegos concede una tregua de algunos dias.

Mas la perdida de Almanzor ase-

gu-

guraba la ruina de los Moros; y esta sola infelicidad los dexaba insensibles á todas las demas. Hombres y mugeres, ancianos y niños, cubierta la frente de ceniza, desgarran sus vestiduras, llenan las plazas públicas, se acercan gimiendo, se miran lanzando doloridos ayes, y se abrazan y confunden sus lágrimas: el Soldado, pálido y trémulo, huye del ciudadano que le ultraja por haber dexado perecer á su General: estos quieren abandonar á Granada falta ya de su mas fuerte muro: aquellos insultan al cielo, acusan á su falso profeta, unen las blasfemias á las quejas: todos anuncian á Boabdil el fin de su reynado impio, mirando la muerte de Almanzor como castigo de sus iniquidades.

Zulema, mas digna de compasion,
Zulema que no duda que su amante dió
la muerte á su hermano, quisiera es-

pirar de dolor; pero la memoria de Muley la encadena á la vida, no pudiendo abandonar sin ser criminal, un anciano de quien es el único apoyo. Encerrada con él en el Albayzin, devorando la mitad de sus lágrimas, oye al desgraciado padre pedir mil veces al cielo el hijo, objeto de su ternura, aquel hijo que era el único consuelo en todos los males que habia padecido. Perdida su Leonor, usurpada la corona, vió perecer sus amigos; pero al ménos le quedaba Almanzor: le llama, y no puede creer que no exista. En medio de su delirio, le ve, le oye, va á abrazarle abrazando á su desconsolada hija, y luego que advierte su error, la aparta, se arranca las blancas canas, y arrojándolas con mil imprecaciones, pide sus armas para ir á pelear y arrancar el corazon al bárbaro Gonzalo, á cuyas manos feneció el hijo

ama-

amado. El nombre de Gonzalo le horroriza , y sus sentidos debilitados no pueden soportarlo , y cae sin aliento en los brazos de su hija , ya sin fuerzas para resistir á tanto dolor.

¿Mas , quién podrá decir el fatal golpe que descargó sobre la tierna Moraima? ¿Quién podrá explicar lo que sintió , al informarle sus propios ojos de su horrible desdicha? Durante la noche que precedió al funesto combate , postrada al pie de los altares , Moraima invocaba á su Profeta , pidiéndole que protegiese al héroe defensor de su Ley , que con tantas sublimes virtudes honraba su Religion santa , rogando al Todo-poderoso que conservase su mas digna obra , y dexase por largo tiempo á la tierra un exemplo de justicia y de honor. ¡Inútiles ruegos! Moraima salia de la mezquita , y baxaba lentamente, quando ve... ¡Eterno Dios!

¿prue-

¿pruebas tú así la virtud? Ve á su esposo sangriento traído por los Alabeces. El rayo no obra con mas prontitud, que la vista de este horrendo espectáculo. Sin poder arrojar un solo ay, ni hacer movimiento alguno, cae, rueda por el mármol, su cabeza toca tres veces las gradas, la sangre corre por tres heridas, y el cuerpo inanimado va á detenerse en los pies de los Alabeces.

Levántanla y le suministran inútiles socorros; llévanla con Almanzor, pálida, sangrienta y desfigurada, semejante al héroe que ya no existe. Sus lívidos rostros se tocan, sus cabellos mezclados arrastran sobre la arena, la sangre confundida colora sus vestidos, y parecía que un mismo golpe acababa de inmolarlos á ámbos.

Al cabo de algunas horas, Moraima abre en fin los ojos, mas no pa-

ra derramar lágrimas. Rodeada de esclavos, de mugeres; de amigas, que curan sus dolorosas heridas, padece en silencio, se dexa abrazar con indiferencia, responde con débiles signos á las tiernas palabras que le dicen, parece recogerse en sí misma para resignarse con su suerte, y pide con voz sosegada que la dexen ver á su esposo.

En vano le ruegan que renuncie á este triste deseo, y no aumente los graves males que la afligen. Ella insiste con dulzura, manda con sus ruegos; y marcha con planta serena hácia el asilo, en donde yacia el cuerpo del héroe sobre un lecho de púrpura.

Moraima se para delante de él, le mira largo tiempo con ojos atentos, sin pronunciar una palabra, sin despedir un suspiro. Sus esclavas, espantadas de tan horrible silencio, apartan las armas de que podria apoderarse. Mo-

rai-

raima lo nota, y las mira con risa amarga: acércase luego á su esposo, tómale la mano y la besa, saca de ella un zafiro que Almanzor traia siempre consigo, y dueña ya de la sortija, mira con ojos mas serenos el rostro del héroe, se inclina dos veces delante de él, estampa los labios sobre sus labios, fijándose allí por largo tiempo: luego se retira con paso lento, vuelve la vista á mirarle, inclina la cabeza, y parece decirle con semblante dulce que esta ausencia no será larga.

Vuelve á su aposento, y allí sola, permanece encerrada largas horas. Las esclavas inquietas, no se atreven á entrar: al fin rompen las puertas, y encuentran á Moraima yerta, rodeada de los horrores de la muerte. Todo socorro es inútil: ya espira, ya no existe. La sortija de Almanzor suministró el veneno, que el héroe llevaba siempre

pre consigo por el temor de Boabdil.

Esta nueva desgracia no puede aumentar la desolacion de Granada. El Rey y el pueblo consternados se aprovechan de la tregua para las exêquias de los dos esposos. El mismo sepulcro los espera en un bosque léjos de la ciudad, en donde reposan las cenizas de los Príncipes, de los Guerreros y de los Ciudadanos. La infantería abre la marcha: los Soldados silenciosos, la cabeza inclinada sobre sus escudos, el rostro bañado en lágrimas, baxas las armas, marchan con paso igual y lento, que rigen los lúgubres sonidos de los enlutados tambores. La caballería los sigue, arrastrando sobre el polvo los estandartes. Los esclavos llevan de la mano los tristes Caballos de Almanzor, envueltos en largas y negras cubiertas, cargados del turbante, la lanza, y el alfange del héroe. Aquel-



llos Caballos, fogosos en otro tiempo quando llevaban á su Señor al combate, como si conocieran su desgracia, baxan la frente hácia el suelo, levantan penosamente las tardas plantas, barriendo la arena con sus crines largas y espesas.

Cien mancebos, coronados de cipres y blancas rosas, llevan vasos llenos de perfumes: cien doncellas los siguen, arrojando flores sobre Almanzor y Moraima, que, en un mismo féretro son conducidos en hombros de los Xefes de la tribu de los Alabeces. Marchan despues los Imanes, rogando con voz baxa al Ángel exterminador, que guie aquellas almas puras á la mansion venturosa de los Mártires. El Rey Boabdil, rodeado de su Corte, de Alamar, y de los Zegries, los siguen y fingen al ménos verter sus lágrimas. El venerable Muley, la desgraciada

Zu-

Zulema, murieran si los acompañaran,
y quedan solos en la ciudad. El pue-
blo, vestido de luto, con triste silen-
cio sigue á paso lento los miserables
despojos del último apoyo que le que-
daba.

Llegados al monte solitario, lla-
mado el Bosque de las Lágrimas, de-
positan los cuerpos sobre el sepulcro.
Los Imanes invocan al Profeta; las
vírgenes luego, con voz dolorida, em-
piezan el himno de la muerte. Todos,
clavados los ojos en tierra, las manos
cruzadas sobre el pecho, escuchan el
canto doloroso.

CORO DE DONCELLAS.

¿Dónde está nuestra gloria,
ó hijos de Ismael? El marchitado
lauro romped, que un día
os ciñó la victoria,
esclava de Almanzor ¡infortunado!
le holló la muerte impía!
Venid, y de cipres la sien ornada,

en

en lágrimas regad su tumba helada.

CORO DE MANCEBOS.

Cubrid entristecidas,
ó hijas de Ismael, vuestra hermosura
de dolor y de muerte.

¡Ay! ay! ya orfanecidas,
vuestras trenzas cortad, y sin ventura
llorad al Grande, al Fuerte,
al que Héroe entre los Héroes relucía,
como en el cielo el luminar del día.

AMBOS COROS.

El cedro, que orgulloso
alza á las nubes la pomposa frente,
cae, y braman temblando

al caer estruendoso
las selvas, y á los cielos inocente
pide el pastor llorando

su sombra. ¡O Almanzor! cedro caído!
tu sombra paternal hemos perdido.

CORO DE DONCELLAS.

Vírgenes desamadas,
siervas tal vez, del tajo la ribera
en llanto regaremos.

Allí desesperanzadas
y ansiosas de morir, ¡oh! si viviera

Almanzor! clamaremos;
nuestra patria nos viera venturosas
de un Guerrero amador tiernas esposas.

CORO DE MANCEBOS.

¿A quien nos volveremos
que nos pueda salvar quando el Christiano
alce la ardiente espada?

Almanzor, clamaremos,
y Almanzor callará; y el fiero Hispano,
¡ó patria desdichada!

hollando nuestros miembros palpitantes,
derrocará tus muros vacilantes.

AMBOS COROS.

Guarda, ó tumba sombría,
en paz le guarda con su esposa al lado.
Echad polvo, y doliente
alza la losa fría.

¡Vale, vale, Almanzor desventurado!
¡ay! vale eternamente!
y ¡pueda un día la infeliz Granada,
desagraviar tu sombra ensangrentada!

Mientras se canta el fúnebre him-
no, los Imanes acaban la ceremonia.
La tierra encierra los cuerpos de Al-
manzor y Moraima: una misma lápi-
da los cubre, y sus nombres graba-
dos sobre ella, hacen este sepulcro mas
sagrado, que jamas lo fueron los sun-
tuosos mausoleos.

Pero el vivo dolor, las quejas amargas y eternas, que se oyen en todo el pueblo Moro, abaten el alma de Gonzalo, quien quisiera comprar con sus dias los del héroe que ya feneció. El pensamiento de que Zulema le creará culpado, el temor de que la venganza sus angustias, de que aborrezca al que solo respira por ella, todos los tormentos de la desesperacion que la incertidumbre reviste de horror, le asaltan á un mismo tiempo. Culpa á toda la naturaleza; y revolviendo en su interior mil proyectos desvariados, ora quiere ir á Granada y ofrecer á sus enemigos su cabeza; ora piensa en dexar el sitio y desterrarse á un desierto. Rodeado así de mil tormentos, en el delirio de una imaginacion ardiente, que enciende una pasion aun mas viva, se agita, se inquieta; suspira, trueca á cada instante de desigño, to-

ma

ma el que abandonó, desecha el que iba á seguir, y para colmo de su desventura, no se atreve á confiar sus pensamientos á su amigo, que se ve entre los brazos de la muerte; á aquel amigo, cuyo valor fué la causa inocente de su afliccion: mas no pudiendo ocultarle el violento pesar que le ahoga, le da otro motivo, engañando á la amistad por delicadeza, y le disimula sus males, temeroso de afligirle.

Al fin sus penas vencen á sus fuerzas, y el héroe no puede ya resistir. La muerte, los suplicios, la ignominia, son ménos terribles que el odio de Zulema: todo lo atropellará por evitarlo. Las treguas juradas le dan esperanza de penetrar en Granada, y aun sin ellas su amor se lo haria emprender. Toma el vestido y la vara blanca, distintivo de los Heraldos; no busca ni coraza, ni espada: ¿qué le

importa la vida si no puede justificarse? Sin instruir á nadie de su desig-
nio, se oculta al leal Pedro, y solo,
ántes de amanecer, marcha á las puer-
tas de Granada.

Las guardias, engañadas á su vis-
ta, no ponen impedimento á su paso:
Gonzalo se dirige al Albayzin, pre-
gunta por Zulema, se nombra envia-
do de Isabel, y pide hablar á la hija
de Muley. Obsérvanle, le hacen repe-
tidas preguntas, y sufre largas dila-
ciones. Su constancia, su dulzura, su
aspecto franco y leal vencen en fin las
excusas. Dos esclavos le conducen á
una galería antigua, en donde la Prin-
cesa, al nombre de Isabel, cree deber
responder al enviado. Cubierta de un
largo y fúnebre velo, viene sostenida
por la jóven Amina, y se adelanta
con trémula planta. Apénas la ve el
héroe, se arroja á sus pies: ¡ó tú, le
di-

dice con lágrimas! tú á quien no oso mirar....

Á esta voz, á su aspecto, Zulema trémula y turbada, aparta la vista y quiere huir. Escucha, le dice Gonzalo, ó manda que me den la muerte.

Á buscarla vengo; yo la deseo, y te la pido á tus pies: la muerte mil veces ménos horrible, que tu odio ó tu desprecio. Puras estan estas manos,

Zulema, dignate de volver á mí tus ojos; dignate de mirar un infeliz, que no ha faltado á su promesa. Sabe que...

Un tumulto espantoso impide al héroe el proseguir. Boabdil, el Rey Boabdil, llega acompañado de los Zegries. Los Soldados, con espada en mano, acometen á Gonzalo, le derriban y cárganle de cadenas.

Gonzalo, atónito y turbado, no piensa en defenderse: las fuerzas le faltan delante de Zulema. La Prince-

sa despide lastimosos ayes, Muley-Hassem llega, ve á su hija en medio de la gente armada, reconoce á Gonzalo, y queda inmóvil. Boabdil le dice estas palabras: Al fin cayó en mis manos el terrible enemigo, que abrió el pecho de Almanzor; el que llenó á Granada de luto, y habia de cautivarla. Muley, ahí le tienes ante tus ojos, ese es el soberbio Gonzalo, el altivo Castellano que nos miraba á todos con menosprecio. Sin duda sus intentos criminales le han traído hasta aquí: el traidor creía engañarnos; pero dos leales Zegries, prisioneros en otro tiempo de este bárbaro, le reconocieron. Muley, contempla entre cadenas al vencedor de los Abencerrages; al que dió sangrienta muerte á tu hijo: modera el horror de mirarle, pensando en tu venganza. Mañana espirará en el suplicio, el perseguidor del

del nombre Musulman: mañana lavará la sangre de ese bárbaro el sepulcro del grande Almanzor; pero ántes de morir, quiero que ese vil Christiano, que se cree tan grande, sea entregado á los insultos del pueblo, y experimente el furor y la rabia del último de mis vasallos.

Dixo: Zulema se estremece, Gonzalo calla y mira al tirano con vista serena, Muley le responde con voz tranquila: Boabdil, ninguno de los dos debe perdonar al cruel Gonzalo, que no supo perdonar á un hijo mio. Él usó del derecho de la Guerra, tú ahora debes hacer lo mismo. Mi dolor eterno tal vez tendrá alivio, al ver espirar el matador de Almanzor sobre su sepulcro. Yo asistiré á este espectáculo; pero su muerte nos basta, sin ultrajar á nuestro enemigo. Hagámonos merecedores del supremo beneficio
que

que nos concede el cielo, sin irritar su justicia, que parece al fin aplacarse; y aun detestándolo, respetemos al vencedor del mayor de los hombres.

El sanguinario Boabdil escucha apenas estas palabras. Los Zegries excitan su ferocidad, y parte con su prisionero. Ordena que doblen sus cadenas, le pone triple guardia, manda cerrar las puertas de la ciudad, y acompañado de Muley, que procura calmarlo, toma el camino de la Alhambra.

El rumor de dicha tan inesperada corre al punto por Granada. Los Soldados y los Ciudadanos levantan al cielo mil alegres voces; todos corren á ver el héroe famoso, el Guerrero formidable, á cuyo nombre tiemblan y se llenan de terror. El tropel crece á verle pasar, fixando atentos la vista en un cautivo, que ya no teme-

merán, y no obstante vuelven atras al menor ruido que hacen sus cadenas. No de otra suerte los cazadores tímidos que cõgiéron en sus redes al temible Leon que atemorizaba los campos, se atropan todos al rededor del que ántes les obligaba á huir, entregándose á la alegría y la venganza, pero sin poder mirar sin un horror secreto, al que por tanto tiempo les hizo temblar.

Hay en el palacio una estrecha mazmorra, impenetrable á los rayos del día, á la qual conducen tres puertas de metal. La roca, en que está cortada, no dexa al ayre mas paso que un largo y tortuoso respiradero, cerrado con diez rejas de hierro. Allí echan á Gonzalo, miéntras preparan el cruel suplicio: allí cargado de pesadas cadenas trabadas con la horrible roca, oye cerrar las fatales puer-

tas de bronce, quedando solo con la infelicidad, la incertidumbre y la desesperacion.

Su alma grande no se abate, ántes resiste al destino. Ve la muerte, la ve horrible; no duda que todos los tormentos se emplearán contra él; pero su valor los sostendrá todos; y cierto de espirar como héroe, seguro de que su gloria no queda manchada, mira con ánimo sereno la muerte y los dolores. Mas morir sin ver á Zuléma, sin probarla su inocencia.... esta idea es terrible; este es el único suplicio á que no puede resistir.

La desgraciada Princesa, sola en el Albayzin, apenas puede recobrar sus sentidos. Yerta de horror y de pasmo, trae á la memoria lo que habia visto, recuerda las últimas palabras, los tiernos juramentos de Gonzalo, la justificación que habia empezado, los ries-

riesgos á que se ha expuesto por hablarla, y todo la dice, todo la persuade que su amante está inocente. Pero sin embargo, va á perecer, y no hay fuerzas humanas que puedan salvarle. No le bastaba á la desventurada Zulema haber perdido su apoyo, su hermano, su único defensor; verse condenada al tormento de luchar continuamente contra un amor que ocupa siempre su alma, y arrancar lentamente de su corazón la adorada imagen que lo llena: no le bastaba tener que sufrir la ofrenda odiosa de Alamar, y temer á cada instante el verse entregada á aquel bárbaro: aun es preciso que sea testigo del suplicio del que ama; de un suplicio lleno de infamia; y que vea á su libertador, al mayor, al mas magnánimo mortal, terminar su gloriosa vida en el dolor y en el oprobio.



¡Ó hermano mio! exclamaba: si tú respirases ahora, tú te opondrias á los horrores de que va á cubrirse tu patria: tú salvarias un héroe, semejante á tí por tantas virtudes. Su muerte y la mia son inevitables; y quando mi amor pudiera olvidar lo que debo á tus manos y á tu sangre vertida, la vigilancia de mis tiranos, las precauciones que tomaria su barbarie, inutilizarian mis criminales esfuerzos. Pero no, yo no ofenderé tu cara sombra; yo no faltaré á mi deber, ni á los nudos sagrados que nos unian: arrancaré á lo ménos á la ignominia el enemigo que estimaba tu corazon. ¡Ó hermano! Yo te imploro: ven, ayúdame á aventurarlo todo por libertar de un crimen á tu patria, por salvar tu gloria de una venganza, que tu alma pura y sensible, miraria con horror.

Entónces, sin escuchar mas que su desesperacion, corre á los Alabeces para que le abran la puerta de la mazmorra de Gonzalo. Sus esfuerzos son inútiles, y el dia entero se habia pasado sin que la tierna Zulema pudiese concebir la esperanza de cumplir su generoso desigño. La noche llega y, animándola las tinieblas, marcha la Princesa á la mazmora. Allí implora, suplica á los Soldados que la dexen penetrar un instante en aquella horrorosa mansion. Al fin, lo pide en nombre de Almanzor, y este glorioso nombre, sus ruegos, sus lágrimas, el amor y el respeto que siempre inspiró la virtuosa Zulema, mueven las almas duras de los satélites de Boabdil. Las puertas se abren, y vuelven á cerrarse detras de la Princesa; entra, llevando en una mano una copa que ocultó á los ojos de todos, y en la otra una débil luz: mar-

cha con trémulos pasos , y se presenta ante el héroe.

Gonzalo , le dice con voz dulce, tú me estimabas mucho para esperar-me en este lugar. Si solo hubiese sido preciso salvar tu vida, mi virtud no lo consintiera ; y segura de morir despues de tí, hubiera dexado perecer al que no perdonó á mi hermano , al que no temió sacrificar ni su amante ni sus promesas ; pero el oprobio y la infamia te amenazan , y yo no debo olvidar que Gonzalo me preservó de ella. Tú me conservaste el honor , y vengo á pagarte mi deuda : tú me has probado bastante , cruel , que ese honor te es mas grato que el amor. Méenos delinqüente y mas infeliz, cumplo con lo que debo á tí, con lo que debo á mí misma , trayéndote este tósigo. Toma esta copa , Gonzalo, luego que yo beba la mitad : esta es el único y triste

socorro, que te puedo ofrecer contra nuestros tiranos. Tu muerte es cierta; el ultrage y los tormentos te aguardan: líbrate de los verdugos, muriendo conmigo. Tu vida se debe quizás á las cenizas de mi hermano, la mia expiará el delito de no poder dexar de amarte.

En diciendo estas palabras, llega la copa á los labios; pero un grito de Gonzalo detiene su mano. Vuelto apenas de su admiración, de su alegría, de su susto, el héroe levanta un poco sus cadenas, toma la copa, y postrado de rodillas le dice: ¡felice yo pues que te veo, y puedo hablarte! pues que puedo justificarme á tus pies del delito que no cometí! ¡Ah! descargue sobre mí Boabdil su venganza y su barbarie; apuren las fuerzas de los verdugos los mas horribles tormentos! ¡Zulema! ¿tú aquí? ¿Tú te dignas buscarme hasta en

la mansion del crimen? ¿Tú me creíste el matador de Almanzor, y no me aborreciste?... ¿Qué pueden ahora contra mí todos los tiranos de la tierra? ¿tú me amas! ¡y yo te he visto! ¿Qué importa ahora el morir? Pero no conserves ese fatal error, no creas que mis manos pudieran derramar la sangre de tu hermano. Yo iba á pelear con él, es verdad: fiel al honor, pero mas fiel á tí, iba á morir á las manos de Almanzor, quando acometido por tus Numidas, no pude llegar á mi campo. Un héroe, un amigo, cuidó de salvar mi gloria, se mostró con mis armas, peleó por mí, y quando iba á perecer, su espada fatal....

¡Gran Dios! exclama Zulema: alá bote, Dios eterno, y te rindo humildes gracias. Mi corazon me lo habia anunciado. ¡Ó hermano! no te ofendas si dexo de gemir un instante, al re-

cobrar el dulce derecho de amar al que siempre adoré. Gonzalo, yo no dudo de lo que tu boca me dice; pero explícame este prodigio. ¡Ah! ¿Cómo podré esperar que se cambie tu suerte? Boabdil tiene interes en castigar tus proezas; pero á lo ménos yo iré á prevenir á mi padre; yo iré á despertar su piedad; yo emplearé con Boabdil, con el pueblo, con Alamar mismo, todos los esfuerzos, todos los medios de que puede valerse el amor; yo avisaré á tus Reyes del peligro en que te ves; todo lo intentaré por salvar tu vida; y sino lo logro, gloriosa de amarte, de poder confesarlo sin delito, vendré á morir contigo, hablándote de mi ternura, renovando las promesas, que nunca he olvidado, dándote el nombre de esposo, el qual, si juzgo por el placer que siento al pronunciarlo, nos hará á ámbos insensibles á

la muerte mas dolorosa.

En diciendo esto, arroja la copa y levanta á Gonzalo. El héroe penetrado de alegría, de reconocimiento, de amor, toma la mano de la hermosa Mora, empieza, interrumpe la historia que ha de justificarle: los sollozos ahogan la voz; pero estimulado por el tiempo, iba á acabar quando un rumor repentino se escucha, las puertas se abren de improviso, Alamar se muestra rodeado de hachas, Zulema cae desmayada, Gonzalo la sostiene en sus brazos, el Príncipe Africano, queda inmóvil.

Pero pronto el furor se pinta en el rostro del bárbaro; junta las cejas de évano, que cubren dos globos de fuego; una espuma horrible se ve sobre sus labios; y su lengua balbuciente, pronuncia á Gonzalo estas terribles palabras: ¡traidor, aun osas ultrajarme!

¡vil

¡vil Christiano, que ha desatado el infierno, para llevar al último exceso mi cólera, y tu insolencia! ¡Ven á pagar tus horrendos atentados: ven á espirar lentamente en los dolores que te preparo; y tu sangre, derramada gota á gota, satisfaga sin extinguirle el odio que te tengo!

El héroe, sin escucharle, atiende solo á la Princesa. Alamar manda á sus satélites la arranquen de sus brazos.

Gonzalo intenta defenderla, y levantando sus manos cargadas de hierros, arroja sin vida los dos primeros que se acercan; pero cediendo al número le arrastran fuera del calabozo. Zulema vuelta en sí, quiere seguir á Gonzalo: Alamar manda detenerla: Alamar, á quien implora arrodillada, se niega á escuchar sus ruegos, la impele, la llena de baldones, manda á sus Soldados la rodeen, los hace responsables de ella



hasta la vuelta, y ciego de furor parte con el Castellano.

El día no mostraba aun su luz, quando un tráfuga avisa á Boabdil que los Españoles, inquietos por la ausencia del gran Capitan, extrañando ver las puertas de Granada cerradas con precipitacion, temian algun ardid de los Moros, y querian romper la tregua con un asalto. Atónito con tal noticia, cediendo á las instancias de Muley-Hassem, Boabdil habia resuelto inmolar á Gonzalo ántes de la aurora. Alamar, que aspiraba al honor, al horrible honor, de atravesarle el pecho, se habia encargado, de conducirlo al punto al sepulcro de Almanzor, y el desgraciado Muley seguido del esquadron de Alabeces, esperaba en las puertas de la Alhambra, que el Africano traxese la víctima.

Así que Gonzalo llega, Muley
apar-

aparta la vista. El héroe procura hablarle, y el anciano se aleja, y le huye; los Alabeces le rodean con sus lanzas, lo estrechan entre sus espesas filas, y el cruel Alamar toma con ellos el camino del sepulcro.

Apénas habia salido de Granada por la puerta de oriente, la única que no estuviese expuesta á ser acometida de los Españoles, oye sonar á lo léjos, los rayos de Fernando. Los muros tiemblan; gritan al arma por todas partes; el sonido de las trompetas estremece los ayres; el relinchar de los Caballos y la vocería de los sitiadores anuncian el terrible ataque.

Alamar, admirado, se detiene; Boabdil, envia á pedirle que corra á los muros: duda, titubea: Granada ha menester su brazo; su odio necesita la sangre de Gonzalo. El Africano le degollára al momento, si Muley y los Ala-

Alabeces no se opusieron á su furor, porque desean, y han resuelto que el matador de Almanzor pierda la vida sobre su sepulcro, mirando este sacrificio como deuda del héroe. Alamar no puede llegar al corazón de Gonzalo, que cubren sus escudos, guardándolo para su propia venganza, y el ruido del asalto que crece, las órdenes reiteradas de Boabdil, las promesas del anciano Muley, á quien interesa vengar al hijo que llora, fuerzan en fin al feroz Africano á confiarle su víctima y volar al combate.

Su presencia anima á los Moros que ya temblaban. La brecha estaba abierta en los muros; Aguilar, Cortés y los Castellanos, avanzaban en orden sobre las ruinas: Guzman y los Aragoneses escalaban las murallas. Cortés hiere á Boabdil y lo llevan á la Alhambra. Los Almoradies, y los Vanégas aban-

abandonan precipitadamente sus puestos; los Zegries ceden al bravo Aguilar, Guzman toca ya las almenas; los Catalanes cubren las escalas; Fernando de lo alto del glasis dirige y anima la gente; todos huyen á la vista de los Españoles: Granada toca á su ruina, Granada va á rendirse; Alamar se muéstra, Granada se salva.

Alamar semejante á un rayo corre, llega, y ataca á Aguilar. El acero corta su casco, y divide la frente del héroe. Hollando el cuerpo palpitante, siguiéndole los Zegries ya animados, Alamar se arroja sobre los Castellanos dando espantosos gritos. Su sable los abate como la cortadora hoz el florido trébol. Acomete, derriba, deshace sus filas; inmola á Uceda, á Salinas, á Nuñez y al amable Mendoza; Mendoza que cedió sus derechos, sus prerogativas, sus bienes, á su menor her-

ma-

mano , para que casase con el ídolo de su corazón : Alamar le atraviesa el corazón , en el instante en que nombraba á su hermano. Allí se sacia de sangre y de carnicería : derriba de lo alto de la brecha los batallones de Castilla , y viendo al orgulloso Guzman , que ya sobre los muros llama á sus Aragoneses , vuela , agarra una roca y la arroja sobre él. Guzman rueda con la peña ; Alamar corre á las almenas , corta con su espada la escala , que se dobla baxo los Catalanes , y cae con los Soldados. El Africano furioso discurre veloz por los muros , derriba las escalas ; llena los fosos de cadáveres , y presentándose cubierto de sangre en lo alto de una torre , muestra á los Christianos su alfange , los llama , los desafía , blasfemando el nombre de su Dios.

Fernando , Cortés y Medina , juntan los Soldados dispersos : el Rey de Ara-

Aragon los conduce , los forma en phalange sobre el glasis , los anima , se pone al frente para hacer el último esfuerzo ; pero al ir á dar la señal , oye detras de sí una confusa griteria , mira y ve llegar , en una nube de polvo , un numeroso esquadron de Moros , que atacan el flanco de sus batallones . Los Castellanos solos resisten . El esquadron ligero y terrible se reúne , se rompe , se despliega , se divide en un instante , acomete por quatro partes á los esquadrones de Castilla , los rompe , los pone en fuga , y mas rápido que el relámpago , cada uno persigue á los fugitivos . Los Españoles , llenos de terror , se precipitan hácia la ciudad : Cortes , Medina y Fernando van entre ellos : Isabel manda abrir las puertas , y recoge con rubor y despecho sus Soldados perseguidos por todas partes . La tierra queda sembrada de

de

(190)

de muertos, y el formidable esquadron, que, solo, hizo tanto destrozo, en viéndose dueño del campo de batalla, se forma en un instante, y se acerca á los muros de Granada, en donde el pueblo se habia juntado. No léjos de los baluartes el esquadron se para, el Xefe se adelanta, y dice estas palabras á los Granadinos.

Musulmanes, en otro tiempo nuestros hermanos, cuya injusticia rompió los lazos que nos unian, estos son los Abencerrages. Tal vez les perdonareis el verlos aquí, no obstante vuestra orden. Nosotros venimos á teñir con nuestra sangre los muros de donde fuimos expelidos, y volverémos otra vez á defenderlos, pero jamas entraremos en ellos. Juzgad, juzgad, por esta victoria, de lo que hubiera hecho por vosotros nuestra tribu mandada por Abenhamet. Vosotros quitasteis la vida

á aquel héroe : vosotros quisisteis entregar á las llamas á la inocente Zoraida : estos son los horribles delitos que no olvidaremos jamas. Por nuestras ofensas personales , ya veis Granadinos , como se vengan los Abencerrages.

Así habló el valiente Zeir. Su noble esquadron se rompe al punto ; parte á todo el correr de los Caballos , y toma el camino de Cártama.

Los Españoles, vueltos á la ciudad, no pueden turbar esta retirada brillante , y no osan levantar su frente humillada. Aguilar, Guzman, los principales Xefes quedáron en el campo. Las proezas, los triunfos de Alamar, la súbita llegada de los Abencerrages, quienes pueden venir cada dia á acometer á los sitiadores, las heridas del valeroso Lara, la ausencia del gran Capitan, todo aumenta su consternacion. Ya hablan de abandonar el sitio,

de

(192)

de aceptar la honorífica paz, que ofreció Boabdil. Los Reyes mismos inquietos, turbados, determinan esperar detrás de las murallas, á que Gonzalo, ó Lara vuelvan al ejército. Pero el invencible Lara que Isabel creía detenido por sus heridas, Lara no estaba en Santa Fe.



P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

FIN DEL LIBRO IX.

SU-

SUMARIO DEL LIBRO X^o.

Lara va en busca de Gonzalo. Encuentra á Zoraida. Sabe el peligro en que se ve el héroe. Corre al sepulcro de Almanzor y encuentra á Gonzalo á punto de perecer. Combate de la amistad. Lara salva á su amigo. Vuelven ámbos al ejército. Fernando envia á Gonzalo á tomar á Cártama. Vuelve el héroe triunfante. Último asalto. Hazañas de Gonzalo. Toma de Granada. Combate del héroe, y Alamar. Pone en libertad á Zulema, y á su padre. Entrada de Isabel. Himeneo de Gonzalo y de Zulema.

LIBRO DÉCIMO.

¡Hija del cielo! ¡tesoro del alma! ¡origen de nuestros mas gratos bienes! ¡santa amistad! ven á hermo-
 sear los últimos rasgos de mi pluma:
 mezcla en el fin de mis discursos aquel
 atractivo que arrastra siempre y nunca
 admira, que oprime el corazon sin
 despedazarlo, y hace verter deliciosas
 lágrimas tan semejantes á las del amor.

¿Mas qué digo? ellas son mucho mas
 dulces. El amor vivo, apasionado, ca-
 paz de todos los esfuerzos, ennobleci-
 do por todas las virtudes; este ídolo
 de la juventud, necesita del velo del
 misterio. Su culto, por puro que sea,
 se esconde, huye de la vista, y su
 recompensa es un sacrificio de que el
 honor manda un eterno secreto. La
 amistad, al contrario, se complace en

(196)

mostrarse á los ojos de los mortales: sin menos delicadeza y con más valor, no teme revelar sus penas y sus gustos, sus inquietudes y sus placeres, ántes bien encuentra en ello su delicia, y se gloria de publicarlas. El amor se avergüenza de ser descubierto: la amistad se jacta de servir de exemplo.

Lara, cuya alma tierna y sensible existia solo para la amistad, Lara, herido y casi á las puertas de la muerte, solo pensaba en Gonzalo. Pásase un dia entero sin verle, ignora el sitio donde se halla, la inquietud de los peligros en que se ve le atormenta mas que sus males. En la misma noche del dia en que habia desaparecido el héroe, Lara manda traer su Caballo, no obstante su debilidad. La coraza le abrumaria, y el peso de la lanza es enorme para sus fuerzas. Pávido, vacilante, sin aliento, echa mé-

nos la sangre y las fuerzas , pero mas echa ménos á su amigo. Sin armas , sin defensa , faxado todavía con los cendales que sujetan sus heridas , Lara acompañado del fiel Pedro , que llora la ausencia de su señor , se pone en marcha sin tardanza. Ámbos se meten en la espesura del bosque , en donde pocos días ántes habia Gonzalo encontrado á la hermosa Zulema , pensando que aquél debe de ser el camino que tomara el héroe ; y dexando al cielo el cuidado de guiarlos , vagan por los espacios sombríos.

Las tinieblas cubrian ya la tierra , y la noche en medio de su carrera huía hácia el occidente , quando ámbos viajeros llegan al pie de un alto monte coronado de lúgubres pinos. El ruido de un copioso manantial , que formaba una cascada entre las rocas , se mezclaba con el sonido lento de las hojas,

movidas al soplo ligero de los vientos, y con los fúnebres ecos de las hijas de la noche, sentadas sobre los altos riscos.

El héroe se detiene junto á la corriente para que su Caballo beba. Pedro mira atentamentè á la cima del monte, y el débil resplandor de una luz que vacila al traves del verde sombrío, le da indicios de que algun solitario habita aquel hórrido desierto.

Al punto propone á Lara subir hasta la ermita, y reposar en ella algunos instantes. Lara complace su voluntad: buscan y hallan una senda; pero la rapidez de la cuesta les obliga á baxar de los Caballos. Lara corta una gruesa rama, y sirviéndole de apoyo á sus fatigados miembros, precede al anciano Pedro,

El héroe llega y descubre, en medio de las rocas, una humilde y pobre choza, de donde salia un débil resplandor

plandor. Un susurrante arroyuelo corría por la puerta, y delante había una piedra, cubierta de musgo y juncos marinos. Apenas llega, Lara se detiene para oír una voz melodiosa, que cantaba estas palabras:

Del amor víctima triste
mi dulce y sola esperanza,
vivid, vivid, yo os lo ruego,
ó eternas hareis mis ansias.

Si, qual decis, por do quiera
vuestro corazon me ama,
ved que sois único apoyo
de esta muger desdichada.

Vos sola sois mi universo,
vos: ¿y con misera planta
correis á buscar la muerte,
dexándome abandonada?

¡Que no cargára en mi sola
la pena que así os quebranta!
vivid, vivid por mi vida,
si ya la vuestra os amarga.

La voz calló, y otra voz diferente respondió con sollózos: ¡ó amiga mia! dexa de probar el consuelo que me entenece sin aliviarme: tú sabes

si mis lágrimas pueden tener fin : tú sabes si yo puedo olvidar las desventuras que he padecido, y las desdichas de que he sido causa : déxame , déxame alimentar mi dolor ; conténtate con los penosos esfuerzos de mi tierna y viva amistad. Hasta este dia he vivido : bastante es , única amiga mia. ¿Crees que , sin tí , me hubiera yo aprovechado del triste beneficio de Lara?

A estas palabras, al oír admirado su nombre , Lara hace ruido, se adelanta, y pide la hospitalidad. Dos mugeres atemorizadas , que ve , no responden y se ponen en fuga. El héroe las sosiega , las sigue hasta la puerta de la choza : una de ellas vuelve en una mano una tea, mira á Lara y, llena de regocijo , vertiendo lágrimas, le dice : ¿sois vos, Señor? ¿Vos á quien no esperabamos ver mas? ¿Vos que sal-

salvastéis á mi Señora, y me volvisteis el bien que mas estimo? ¡Ah! Zoraida, venid á abrazar á vuestro libertador.

Lara reconoce entónces á la desgraciada Reyna de Granada, vuela delante de ella, y le estorba el echarse á sus pies: besa respetuosamente su mano oponiéndose á los respetos que quieren tributarle; pero no puede impedir los extremos de la sensible Ines, quien le lleva al fondo de la humilde choza. La Reyna le ruega que descanse, presentándole un rústico asiento, que Ines cubre con juncia, corriendo despues á buscar leche y los frutos secos de aquellos montes. Llena un vaso de madera en el cristalino manantial, y lo ofrece al héroe, sintiendo, por la vez primera, no tener los vinos perfumados de las orillas felices de la Andalucía.

La-

Lara, lleno de admiración y tierna piedad, considera atentamente á la Reyna, y apenas puede reconocer sus facciones. Aquellos ojos brillantes dó el agrado templaba el resplandor; la frente modesta y magestuosa, en donde se unian el pudor y las gracias; todo desapareció: la eternal palidez cubre la pesarosa frente, las lágrimas continuas extinguieron el fuego de los ojos: Zoraida no conserva mas que su amor y sus virtudes. Lara mira suspirando la mansion que habita la Reyna, los muros cubiertos de musgo, el techo de cañas y ramas, todo le admira y le confunde. La Reyna lo nota y se sonrie.

Estos no son los salones de la Alhambra, le dice con voz dulce; pero ¡pluguiera al cielo que Zoraida no hubiese conocido otros palacios! Quando vuestro valor me salvó, creí poder vivir

en Cártama en medio de los Abencerrages, mis aliados y amigos; pero pronto experimenté que un infeliz apenas puede sufrirse á sí mismo, y que un desierto es el único asilo en que el dolor debe esperar la muerte. Ines, á quien pedí inútilmente se volviese á su patria, me acompañó en mi fuga, y metiéndonos por la espesura del monte, dirigí mis pasos, á pesar mio, hácia la fatal Granada, y llegué al Bosque de las Lágrimas, en donde sabia que el valeroso Almanzor dió sepultura á las reliquias de Abenhamet. Gracias á mi anhelo y al de Ines, que no perdonó fatigas ni cuidados, descubrí al fin el lugar en donde reposaba el desgraciado amante.

Mi corazón sintió en este acaso feliz un placer más vivo, y mas suave que quando vinisteis á librarme de las llamas. Resolví pues no dexar este

si-

sitio grato á mi ternura, con la esperanza de que Ines uniria pronto mis despojos frios á los de Abenhamet; pero el temor de que me encontrasen en esos montes vecinos á la ciudad, el horror de volver á las manos bárbaras de Boabdil, me forzáron á buscar otro retiro mas oculto. Mis lágrimas solas señaláron el sepulcro, segura de encontrarlo siempre, como el ave que, en las selvas, encuentra siempre el árbol de su nido. Ines descubrió estas rocas, y fixó aquí mi habitacion: ella formó este techo de cañas: ella dispuso este retiro sencillo en que os recibo. Las frutas silvestres que ella coge bastan para nuestro alimento: las aguas de este arroyo apagan nuestra sed: ella duerme sobre el lecho de juncia, y yo lloro sobre estas hojas secas. Todas las noches; á la hora que las tinieblas ocultan mis tímidos pasos, voy al sepul-

pulcro de Abenhamet á tributar nuevas lágrimas á su muerte , á repetir las antiguas promesas á que no ha faltado mi corazon, y pedir al Dios Todopoderoso que abrevie este largo suplicio.... No lloreis , generoso Lara : Dios oirá mis ruegos.... Yo espero , y estoy cierta de que en pocos dias iré á unirme con aquel , á cuya muerte dá causa. Dulce es á mi afligido corazon el veros hoy ántes que llegue el deseado instante , el hablaros de mi reconocimiento , é informarme por vos mismo, de si vuestras virtudes os granjean la felicidad.

¡ Ah! le responde Lara , la felicidad no debe de ser para las almas sensibles. El amor causó vuestras desdichas , la amistad sola causa las mias. Separado largo tiempo de Gonzalo , del héroe ilustre, tan respetado del universo , tan querido de mi corazon , vol-

via á verle y gozar de su compañía. Gonzalo desapareció de improviso, sin que nadie sepa su destino. Un sordo rumor se ha esparcido que lo han aprisionado los Moros; pero yo no lo creo: Gonzalo no es un guerrero á quien se puede tomar cautivo. Yo, herido, doliente, pudiendo apenas sostenerme, vengo á buscar á mi amigo. Si es menester, iré á Granada, adonde temo le haya conducido su funesto amor: iré, no á defender su vida, pues mi debilidad no me dexa esta esperanza, sino á exponerme á los mismos riesgos, y á lo ménos moriré con él.

¡Cielos! exclama Ines: ¡mi corazón se atemoriza! oid lo que esta misma noche me dixo un pastor de estos montes: guárdate, Ines, guárdate de ir al Bosque de las Lágrimas, que está lleno de Soldados; que vienen al sepulcro de Almanzor, en donde maña-

na han de inmolar á el mas cruel , el mas terrible , el mas formidable de los christianos. Esto dixo el pastor : Zoraida no se ha atrevido á salir , y temo que el gran Gonzalo sea el héroe que ha de perecer.

Aun no habia acabado Ines, Lara trémulo llama á Pedro, pide su Caballo y , sin poder casi despedirse de la desgraciada Reyna, monta con precipitacion, y guiado por la amable Ines, que enseña al anciano una senda fácil, vuela al Bosque de las Lágrimas.

El oriente empezaba á teñirse de púrpura quando Lara divisa al traves de los árboles, las luces, los sables, y las lanzas. Acelera entónces su carrera, llega sin poder alentar, pasa por medio de los Soldados y ve.... ¡santo cielo! ¡qué espectáculo! Ve á su amigo cargado de cadenas, apoyado contra el



el sepulcro , la cabeza desnuda é inclinada , la cuchilla levantada sobre ella , y Muley ordenando descargar el fatal golpe.... Lara arroja penetrantes suspiros y gritos, salta en tierra , detiene la espada y , volviéndose á Muley que le mira con atencion : padre infeliz , dice con el acento enérgico de la virtud y la amistad , tú quieres vengar la muerte de tu hijo , yo apruebo tu justa venganza ; pero derrama la sangre del culpado, y no mancilles , en un dia , la gloria de tu larga vida sacrificando un inocente. Gonzalo no peleó contra Almanzor : lo juro por los manes del héroe, que me oyen de lo profundo de este sepulcro : lo juro por el Dios del cielo , por mis Reyes , y los caudillos Christianos. Yo soy , yo solo fuí quien triunfó del mas valiente de los Moros : yo fuí quien , cayendo al golpe de su brazo , le abrí la mortal he-

herida. Yo tomé las armas de Gonzalo, yo me valí de un momento de ausencia para deslumbrar los ojos de tu hijo, para engañar los de ámbos exércitos, para probar mis fuerzas con un Guerrero cuya gloria me llenaba de zelos. Rey de Granada, ya conoces mi delito, solo vengo á expiarlo: conoce ahora lo que ha hecho Gonzalo, y dale el debido premio. El es quien entregó el cuerpo de tu hijo á estos Alabeces que me escuchan : él es quien te encontró solo, acometido de quatro Españoles, quien te salvó de su furor, quien te dió su propio Caballo, quien te abrió el camino de Granada. Muley, todo lo sabes ahora: que tu justicia pronuncie.

Ya ha pronunciado, responde Gonzalo: su decreto es irrevocable. Moros, no creais á ese héroe. Este es mi amigo, mi compañero, y solo se acusa

para salvarme. Yo soy á quien Almanzor llamó á la lid: yo quien debí darle la muerte. Vengaos; acelerad mi suplicio; pero dexad libre al generoso Lara. Acordaos que su valor sacó de la hoguera á Zoraida: acordaos, animosos amigos, de los desgraciados Abencerrages; Lara venció á los Zegries: tributadle el respeto, el honor que todo mortal debe á sus virtudes, admirad sin creerle, el sublime artificio de su amistad. Y tú, Lara, perdona á un amigo que descubra tus intentos.

Muley y los Abencerrages mandan que Lara se retire. No, responde con desesperacion, no acabaréis de consumir este crimen, y seréis ménos bárbaros que ese ingrato. ¿No veis que solo desea la muerte, por libertar á su amigo? Moros; yo os lo juro por el Ser Eterno: yo soy quien mató á Almanzor; yo solo merezco la muerte;

y si todavía dudais, si el odio contra Gonzalo prevalece contra mis juramentos, acordaos del funesto combate de que todos fuisteis testigos: acordaos que el vencedor quedó tendido por tierra, bañado en su sangre, y reconoced al vencedor. Acercaos, mirad mis heridas, ved este pecho sangriento. Estas heridas son de Almanzor: así salí de sus formidables manos: mirad los testimonios recientes, de mi dolorosa victoria, que ese cruel no podrá mostrar.

Dixo, y descubre el pecho, desgarras las vendas, muestra las heridas, y pide arrodillado la muerte. Gonzalo, fuera de sí, echa los brazos á su amigo, le inunda, le cubre con sus lágrimas; quiere hablar, insistir en declararse culpado, pero Lara le interrumpe con sus voces.

Muley era virtuoso: los Alabeces

no eran feroces. Todos se enternecen, todos lloran al ver el combate de la amistad. El anciano sin poder resistir á la conmocion de su espíritu, lee en los ojos de sus compañeros el consejo que debe adoptar. Manda quitarle á Gonzalo sus cadenas, ordena á Lara levantarse, y fixando en ámbos los ojos llenos de tristeza, les dice: uno de vosotros mató á mi hijo, yo quiero ignorar el culpado: uno de vosotros salvó mi vida, yo quiero debérsela á ámbos. Yo pagaré un beneficio horrible, dándoos la libertad, que ha de ser funesta á mi patria; pero en este instante oigo la voz de Almanzor que me lo ordena. Id, modelos de la amistad, que excitais mi admiracion y mi aborrecimiento; id, decid á los Españoles, que por vengar á mi hijo, por honrar mas dignamente sus cenizas, he sacrificadò mi odio al deseo de imitar-

tarle. Si este beneficio excita vuestro reconocimiento, temed el atacar los muros en donde yo he de perecer. Yo os prometo aquí, en nombre de Dios, en nombre del hijo, por quien lloro, que siempre me hallaréis sobre la brecha; que delante de esas espadas iré á ofreceros el anciano que hoy salva vuestras vidas, y no entraréis en Granada sino hollando con vuestros pies, tú Lara, al libertador de Gonzalo, tú Gonzalo, al desdichado padre de la sensible Zulema.

En diciendo esto, sin querer escuchar á ninguno de los héroes, parte Muley con los Alabeces. Gonzalo y Lara se abrazan, sin creer todavía que se ven juntos. Pedro, lleno de regocijo, mezcla sus lágrimas con las de ámbos, y dando su Caballo á su Señor, toman el camino de Santa Fe.

¡ Quien podrá explicar la alegría

que en todo el ejército causó su vuelta! Al verlos, olvidan los Soldados todas sus fatigas. Ambos héroes están con ellos: en adelante son invencibles. Ni Alamar, ni los Abencerrages les dan temor: desde este instante Granada se rindió: nada puede impedir su ruina, y todos piden á voces el marchar al punto á las murallas.

Gonzalo agradecido, aprueba y siente el mismo ardor. Pensando siempre en Zulema, y en el peligro en que la habia dexado, teme que el furioso Alamar se entregue á los mayores excesos. Arde por venir á las manos con el furioso rival, y librar la tierra de un monstruo, cuyo nombre solo inspira horror; pero la amenaza que le hizo Muley de presentarse donde quiera á Gonzalo, de cubrir siempre con su cuerpo la brecha que él ataque, dexa yerto al héroe sensible, y le obli-

ga á temer el asalto.

Miéntras que con su amigo proyecta llamar á duelo al Príncipe Africano, y sacarle fuera de los muros, Fernando viene á interrumpirlos, hablandoles de esta manera: Heroyca juventud, honor de los Españoles, yo no me atrevo á quejarme del destino que no me dexa vencer sin vosotros; pero él me obliga á separaros de nuevo. Los Abencerrages, dueños de Cártama, han venido á pelear hasta debaxo de nuestros muros. Quizá pueden volver otra vez, y ántes que derribemos esas torres ya vacilantes, es preciso apoderarse de Cártama, destruir ó cautivar todos los enemigos que pudieren venir á turbarnos. Gonzalo, á tí te he elegido para esta importante conquista. Las heridas de Lara le impiden acompañarte. Escoge los Guerreros que quieras, y marcha con

ellos á Cártama: dueño eres de todos los medios que puedan entregarte sus muros. Dentro de seis dias me has de entregar sus llaves: este término basta á Gonzalo. Yo lo he prefixado, no por la fortaleza de la plaza, sino por las prendas de mi General.

Gonzalo, al oír estas palabras, siente renacer su ardiente pasión por la gloria, y promete al Rey obedecer y partir á la mañana siguiente. Su amor gime en secreto al alejarse de Granada; pero su valor le da la esperanza de volver ántes de los seis dias. Las rocas escarpadas defienden por todos lados á Cártama: solo una sorpresa puede entregarle aquellos empinados montes; y despues de meditar el designio que ha de asegurar su victoria, pide que le acompañen los fieles Asturianos.

Seis mil infantes le bastan, todos

escogidos por Gonzalo, todos hijos de los Pirineos, todos fuéron pastores ó cazadores en las gargantas y los precipicios de las montañas de Liévana. Allí, en las rocas que se ocultan en las nubes, sobre los blancos picos de yelo, sobre las cimas inaccesibles en donde la nieve, mudada en diamante, resiste á los ardores del sol, persiguieron desde su infancia las Águilas y las Bicerras. Cubiertos solamente de una piel de Lobo, ceñidos con un ancho cinto, del qual penden tres ganchos de acero, los pies armados de puntas de hierro, y en la mano derecha un dardo con dos puntas, llevan al lado dos agudos puñales, y una ancha honda al rededor de sus sienes. Osados, ligeros, infatigables, todos de corpulenta estatura, de una fortaleza sin igual, se creeria ser aquellos fieros gigantes que intentáron escalar el cielo.

El

El valeroso Peñafior los manda; aquel cuyos abuelos peleáron al lado de Pelayo; aquel en quien no ha degenerado el antiguo valor. La formidable tropa, vanagloriosa de verse elegida por el magnánimo Gonzalo, se forma baxo el antiguo estandarte de los primeros Reyes de España. El General se muestra entónces acompañado de Lara, gimiendo al separarse de nuevo: Gonzalo le abraza, y da la señal para partir.

Marcha, llega ántes de la noche á corta distancia de Cártama, oculta su tropa en un bosque, les ordena descansar; y solo, puesto sobre una colina, exâmina á lo léjos la plaza, y la descubre en medio de una roca que domina los montes circunvecinos. Una senda estrecha y empinada, por donde apénas puede subir un Caballo, guia á sus puertas de bronce: las almenas,

cor-

cortadas en la piedra, se elevan sobre precipicios que la vista no puede medir: un torrente impetuoso rueda con estrépito al pie de la roca que sostiene á Cártama: su cima inmensa se pierde entre las nubes, se adelanta por encima de la ciudad, como queriendo defenderla de los ataques del cielo.

Gonzalo fixa su vista en aquella roca espantosa. Todo lo cree posible al valor, y conoce el de sus Asturianos. Observa la posición de los montes: sigue, sin verlo, en sus rodeos el rápido curso del torrente, juzga donde la madre ensanchándose puede hacer fácil el paso; y, cierto de lo que presume, vuelve á buscar á sus Soldados.

Nobles descendientes, les dice, de aquellos venerables Christianos que, retirados en las cavernas, sin mas auxilio que Dios y sus corazones, sal-
vá-

váron nuestra patria del yugo de los Moros, este Dios justo permite que esos usurpadores se vean en fin reducidos al asilo que entónçes teniais. Yo os he elegido, entre todo el ejército, para arrojarlos de él, para asegurar la ruina de Granada, para que el mundo diga que la España debió siempre sus triunfos á los invictos Asturianos. Mirad aquel inmenso peñasco que corona las nubes; en donde el Águila teme fixar su vuelo; allí habeis de ir á vencer. La mitad de vosotros quedará conmigo, y la otra, guiada por Peñafior, irá á tomar la vuelta de la montaña, por el camino que yo le señale. Á aquella cima habeis de llegar: ¿y á donde no llega la constancia? Allí encenderéis tres hogueras para avisarme de vuestra llegada; allí prepararéis las piedras para vuestras hondas, y esperaréis mi señal.

Los

Los Asturianos, llenos de ardor, prometen ganar la cima de la roca: todos quisieran tener parte en la empresa; pero el héroe los sosiega, prometiendo otros peligros á los que se quedan. Luego lleva á Peñafior á la colina, de donde se descubren las sinuosidades del torrente, y le explica sus osados intentos: Peñafior escoge tres mil hombres, los mas fuertes y mas ágiles, manda que tomen víveres para dos días, y, en poniéndose el sol, parte con sus Soldados.

Gonzalo consagra esta noche y el dia siguiente al reposo, despues de haber calculado el rodeo que ha de tomar Peñafior, los ostáculos que puede encontrar y el momento de su llegada. Inquieto y desvelado la segunda noche, la pasa sobre la colina, puestos los ojos en la roca, pero nada se ve, todo es sosiego. La luna resplande-

decia en lo alto del cielo, y su luz favorecia al trabajo de los Asturianos, debiendo acelerar su buen éxito. El héroe entretanto teme y suspira; pero al fin ántes de amanecer, ve encendidas las tres hogueras, y, lanzando un grito de alegría, corre á su tropa, forma sus Soldados, y marcha á la senda.

Pasa á nado el torrente; siguiéndole los Asturianos; y al ruido acuden los Abencerrages á las almenas. Una nube de flechas cae á los pies del héroe. Solo y cubierto de su escudo, se adelanta, sube encima de una roca, corta un ramo de olivo, lo pone sobre la cabeza, haciendo señal de que pide hablar.

Al punto Zeir manda á sus tropas suspender las flechas. Las puertas de la ciudad se abren, y Omar, acompañado de otros Guerreros, baxa por la

la senda empinada, marcha hácia Gonzalo; pero en reconociendo su rostro, se para, duda, titubea, sin saber si ha de oírle.

Acércate, le dice el héroe: en otro tiempo conocí tu valor; y él debe asegurarte de mi estimación. Yo no pretendo pelear por el interés de mi corazón, sino vengo en nombre de Fernando á ofrecerte una paz necesaria, digna de los Abencerrages, cuyas condiciones dictará esa noble tribu. Yo soy árbitro del tratado....

Tú no lo eres de Cártama, interrumpe Omar con voz altiva: y aunque pereciera Granada, nosotros, dentro de nuestros muros, despreciaríamos tus Reyes, tu ejército y á tí mismo. Mira los fundamentos en que reposa nuestra libertad: mira esas rocas terribles, esos muros inexpugnables, esas torres á que la vista apenas puede

de llegar, y da alas á tus Soldados ántes de hablarnos de paz.

Mis Guerreros no las necesitan, responde Gonzalo sereno; mira aquel risco que domina la ciudad, allí estan mis Soldados. Mira mi tropa numerosa que va á arrojar sobre vosotros los peñascos que os defendian, y solo esperan mi señal para destruir el único asilo que os quedaba. Escoge pues al instante, ó percer todos entre vuestras ruinas, ó firmar la paz gloriosa que os ofrezco como á amigos.

Omar admirado, mira el monte, y ve la cima coronada de tres mil Asturianos. Apénas da crédito á sus ojos; y turbado, inmóvil, cree estar en un sueño funesto. En fin precisado á dar fe al intento que no concibe, responde al héroe ménos orgulloso, pidiéndole algunos instantes para dar parte á sus compañeros.

Los

Los muros quedan desiertos, y un silencio melancólico reyna en la ciudad. Gonzalo impaciente manda tocar las trompetas, y se prepara para trepar por el monte, quando ve salir por las puertas de Cártama á Zeir, Osman, Omar, Velid, con los principales Abencerrages, que se acercan sin armas y con semblante magestuoso. Gonzalo va al encuentro, y Zeir le dirige estas palabras: venciste, Gonzalo; pero cree que sabríamos morir, si nuestras mugeres y nuestros hijos pudieran evitar nuestra suerte. Cedemos á la naturaleza, á la fortuna, á tu ascendiente: todos venimos á entregarte á Cártama; solo pedimos la libertad; que nuestras familias puedan libremente profesar su Religion, y habitar en paz los campos que Fernando quisiere señalarnos: á este precio somos sus fieles vasallos; yo te entrego las llaves y mi fe.

Gonzalo le da la mano, le concede mas de lo que pide, y tratando honoríficamente á los Abencerrages, sube á Cártama en medio de ellos, entra en la ciudad como un aliado, prescribe á los Españoles la mas severa disciplina, prodigando las recompensas para que olviden que son vencedores. Peñafior, nombrado Gobernador de la ciudad, queda en ella con los seis mil Asturianos, y el héroe acompañado solo de los Abencerrages toma la vuelta de Santa Fe.

Lara, que no osaba esperarle todavía, aunque todos los dias salia á encontrarle, divisa á lo léjos á Gonzalo; vuela, le echa los brazos, y contempla el noble séquito que le rodea: saluda á los Abencerrages, ocultando la alegría que pudiera ofenderles, y, dilatando por respeto de ellos el hablar á su amigo de la victoria, corre á

anunciarla á los Reyes.

El gran Fernando, la augusta Isabel no pueden disimular su admiracion ; reciben los nuevos cautivos como vasallos antiguos á quienes aman; confirman el glorioso tratado que firmó su General ; dexan á la ilustre Tribu su culto, sus bienes y sus riquezas , agregando á tantos beneficios una ciudad de Andalucía, para que sea el patrimonio de su noble posteridad.

En tanto que los dos esposos aprisionan los corazones de los que vencieron sus armas , un Soldado pregunta por Gonzalo, y quiere hablarle en secreto, para entregarle una flecha disparada de los muros de Granada , la que traia un villete cerrado, en el que se leia el nombre del héroe. Gonzalo admirado toma el villete , lo abre con trémula mano , y lee con dificultad

estas palabras casi borradas con lágrimas.

“Mi última hora se acerca, pues
 „Alamar me da á escoger entre el hi-
 „meneo y la muerte. Si ésta bastase al
 „tirano, no vendria á implorar al ene-
 „migo de mi Patria, y, espirando sin
 „quejarme, daría por él mi último
 „suspiro; pero mi padre está cargado
 „de cadenas, mi padre, por haber sal-
 „vado tu vida, se halla conmigo en
 „la misma mazmorra adonde me llevó
 „mi amor. De aquí no ha de salir
 „sino para el suplicio. Gonzalo, ven
 „á librarle; mi corazon no será tu re-
 „compensa, pues no le doy dos veces:
 „mi mano podrá solamente pagar lo
 „que hagas por mi padre.”

Gonzalo, pálido, turbado, lee dos veces el papel, y vuelve á buscar á Isabel. La Reyna nota su turbacion: hablad, le dice, gran Capitan, ¿quál

es el pesar que obscurece las sienes ce-
fidas de laureles? ¿qué es lo que vues-
tro corazon desea? Yo os prometo cum-
plirlo; explicaos con seguridad, ¿qué
premio pedis por tantas hazañas?

El asalto, responde Gonzalo, el
último, el terrible asalto que ha de
cautivar á Granada, que ha de pre-
cipitar del trono al infame y cruel
Boabdil, que ha de vengar al cielo
cansado de los crímenes del bárbaro
Alamar. Ordenad el asalto para el ama-
necer, esta es la recompensa mayor,
esta es la sola que deseo por todo lo
que he podido hacer en vuestro ser-
vicio.

Al oír estas palabras pronunciadas
con ojos encendidos, con el acento del
furor, con el delirio del amor, Fer-
nando inflamado se levanta: quedarás
satisfecho, le dice: mañana te entrego
á Granada: mañana castigarás á tu



voluntad los viles enemigos que te han ultrajado. Ven á dar la orden tú mismo ; ven á inflamar mis valientes Soldados en el fuego que arde en tus ojos; ven á decirles que tú vas á pelear, y no dudarán de la victoria.

Luego llama á los Generales, y les declara su grande empresa. Somete á Gonzalo el plan del ataque, quien lo perfecciona con sus consejos. Dos minas, preparadas de ante mano, han de reventar á la aurora, y derribar las dos torres ó puertas, las mas fuertes de los sitiados. El ejército, dividido en dos columnas, marchará contra ambas á un mismo tiempo. El Rey en persona, el jóven Cortes, el generoso Lara irán al frente de los Aragoneses, Catalanes, y Baleares para atacar por la derecha. El prudente Medina y el invicto Gonzalo al frente de los Castellanos, Leoneses, y Andaluces asala-

tarán por la izquierda. Divididas de este modo las tropas de las dos coronas, rivales en gloria por tantos siglos, querrán eclipsarse mutuamente. Isabel los visita y los anima : Gonzalo, que acompaña á la Reyna, muestra la reluciente espada del Cid. Todo está pronto, todo dispuesto, y los Soldados desean que llegue la aurora.

En fin llegó, llegó aquel gran día que habia de iluminar el triunfo mas ilustre, la conquista mas importante que hicieron los Christianos á los Musulmanes; que habia de vengar ocho siglos de oprobios, volver á la España entera su libertad, al verdadero Dios sus antiguos templos, y empezar la larga sucesion de victorias que llenó del nombre Español las tres partes del mundo conocido, y el nuevo mundo que luego descubrieron.

Gonzalo es el primero que, ya ar-

mado, llama, excita á sus compañeros. A pie como los demas sale de la ciudad, y los forma en la llanura. Impaciente de oir la señal, acusa de lentitud á Fernando, vuelve á las puertas de Santa Fe, acelera la marcha de los batallones, les muestra el sol que apenas brillaba, creyéndole ya en su ocaso. Gonzalo va á librar á su amada, va á castigar un rival odioso, va á vencer por su patria: amor, venganza, virtud, todo se reúne en su corazon, todo le eleva sobre sí mismo. Aquella alma grande no basta á los movimientos que la oprimen. Corre, vuela por las filas, abraza á cada Soldado, tre-mola en sus manos la espada vencedora, mira los muros de Granada, como el viagero, en medio de un desierto, atormentado de la sed ardiente, mira el arroyuelo que descubre, sin poder todavía acercarse.

El prudente Medina modera su ardor, y le muestra á lo léjos á Fernando formando los Aragoneses; Isabel, en lo alto de una torre, arrodillada, los brazos tendidos al cielo, implorando al Dios de los exércitos; Lara, y el jóven Cortes, al frente de sus columnas; los Moros sobre sus muros, el arco tirante, la flecha en la mano, esperando con fiereza el ataque. Boabdil no se ve entre ellos: las heridas y la pusilanimidad le detienen en la Alhambra; pero el feroz Alamar, instruido por el último asalto, temiendo el nuevo acometimiento, habia introducido en los fosos las rápidas aguas del Darro, habia prevenido vasijas llenas de betun, de salitre, de aceyte hirviendo, flechas, dardos encendidos, habia juntado montónes de rocas, todos los recursos de la desesperacion, de la rabia, del terror, nada habia des-

descuidado Alamar, y tantas máquinas mortales amenazan particularmente á Gonzalo.

El Rey de Aragon envia dos cuerpos de caballería, que vuelan, cargados de faginas, á cegar dos parages del foso, y acaban su empresa al traves de las flechas enemigas. El ejército entónces empieza á moverse con lenta y sosegada marcha. Alamar envia nuevos refuerzos á las dos torres adonde se dirigen. El ayre se oscurece con las flechas de los Moros, y resuena con sus espantosos gritos; los Españoles marchan en silencio al abrigo de sus escudos, y en llegando cerca del glasis se paran, baxan sus lanzas, y esperan la última señal.

En este instante por ámbas partes se oye un súbito y espantoso trueno, tiembla la tierra, conmuévense los montes, y los valles lo repiten á lo

lé-

lójos : los torrentes de espeso humo esconden los muros de Granada , los torbellinos de polvo se levantan hasta el cielo , los gritos y los gemidos se mezclan con el ruido tremendo , y , disipada la nube de humo y polvo , se ven los dos fuertes torreones arrancados por sus cimientos , formando un monton de ruinas , quedando las faginas cubiertas con sus despojos , y con los miembros dispersos y sangrientos de los desventurados que los defendian.

Entónces suenan las trompetas , y Gonzalo , arrojando un horrible grito , se precipita con espada en mano , pasa el foso , sube á la brecha , derriba , mata , rechaza á los Musulmanes que habian acudido , llama á los Castellanos que vuelan sin poder seguirle , y , solo sobre los altos muros , amontona los moribundos cuerpos. Los Almoradies,
man-

mandados por Abad , se reunen contra el héroe : él ataca , deshace el batallon, esparce al rededor las víctimas , disipa, destruye , pone en fuga quanto se opone á su brazo , y , uniéndosele en fin los suyos , toma el estandarte de Castilla , salta por entre los cadáveres, las ruinas y los despojos , y lo enarbola sobre las murallas.

Alamar , con los Zegries , peleaba en la otra brecha : Alamar habia sostenido los esfuerzos del valeroso Lara: su maza terrible habia derribado al temerario Cortes , y , Fernando dos veces rechazado , no podia trepar por la muralla. El fiero Alamar insultaba á los Christianos, creyéndose ya vencedor , quando divisa á lo léjos el estandarte plantado por Gonzalo, y oye á los Españoles repetir su nombre glorioso.

El Africano palidece enfurecido,
des-

descarga sobre la tierra su maza, baxa la frente; vacila un instante sobre el partido que le queda, y dando feroces miradas á los Zegries que le rodean: valiente Maaz, dice á su Xefe, quédate en esta brecha con tus compañeros; perezca hasta el último ántes que abandonarla. Yo corro con los Alabeces á desalojar al enemigo del muro, á castigar, á exterminar al detestable.... acabar no pudo: la cólera no le dexa pronunciar el nombre que aborrece. Echa sobre sus espaldas la pesada maza, y, al frente de los Alabeces, por encima de la larga cortina que juntaba las dos torres destruidas, marcha con pasos veloces hácia los Castellanos.

Gonzalo le salia al encuentro. Gonzalo, apénas vencedor, iba á poner en libertad á Zulema; pero sabedor de que su amigo está peleando en la otra brecha, muda de intento, y vuela con los

los Leoneses á socorrer al valeroso Lara. Llama y reta en alta voz á Alamar: el Africano le oye , y responde á lo lejos. Ámbos reconocen su voz, y corren á encontrarse : ámbos se descubren en fin , salen delante de sus tropas , y se encuentran en medio de la muralla.

¡Dios de las batallas! ¿quién podrá pintar la fuerza, el odio, la rabia de los implacables rivales? ¿quién podrá explicar el furor ciego, el deseo de la venganza, la sed ardiente de sangre que á ámbos devora? Sin atender á sus vidas, sin pensar en sus escudos, Alamar alza la maza, Gonzalo su espada cortadora, y, teniéndolas con ámbas manos, se acercan y descargan. Sus golpes forman uno solo, que el eco repite. El casco de Gonzalo se rompe, la piel de serpiente de Alamar queda cortada; ámbos arrojan sangre por ojos y narices. El Español va-

cila , el Africano se sostiene sobre una rodilla ; pero levantándose al punto, Alamar saca el alfange , Gonzalo le ataca de mas cerca , y las armaduras vuelan en pedazos : el metal y las escamas saltan al impulso del héroe ; los golpes suenan sin interrupcion , y al ruido se creeria que peleaba un ejército entero. Los Leoneses y los Alabeces , yertos de temor , los miran ; todos quedan suspensos , todos los ojos, todos los ánimos se fixan en los dos Guerreros.

Despojados casi de sus armas, pasan solo con la espada: fatigados, mas no ménos ardientes, se acercan cada vez mas ; pero el Español acosa al Africano hasta el parapeto de la muralla; y Alamar, no pudiendo ya huir mas, se arroja sobre su enemigo, cuerpo á cuerpo, y quiere ahogarle en sus brazos. Gonzalo le recibe, le aprieta, le

le estrecha contra su pecho acerado, aumenta sus esfuerzos, le mueve como si fuese una robusta encina asida á la tierra, le derriba sobre el parapeto, y, queriendo acabar su victoria, le precipita de lo alto del muro; pero Alamar, teniéndole asido, le arrastra en la fatal caída.

Ámbos caen en medio de las aguas, haciéndolas saltar al ayre, ámbos se sumergen, y vuelven á aparecer separados. Armados de su espada terrible, atada al brazo con una cadena, nadan con una mano; y con la otra se acometen con nuevo furor, tiñendo con su sangre las aguas. La de Alamar corre en abundancia, y sus fuerzas no igualan á su furor. Gonzalo lo nota, y siente aumentarse las suyas. Arrójase sobre su enemigo, le ase, le hiere en la garganta, saca la espada para volver á meterla. Ámbos des-

desaparecen otra vez; y la negra sangre sube sobre las aguas; pero al cabo de pocos instantes, se ve Alamar, los brazos abiertos, transportándole la corriente ensangrentada. El héroe vencedor sale á la orilla, marcha á la brecha; y sin tomar aliento vuela á la mazmorra.

Llega rodeado de hachas, rompe las puertas de metal, penetra hasta donde estaba la Princesa que, postrada junto á Muley-Hassem, solo esperaba la muerte. Ya estais libre, exclama Gonzalo arrojándose á sus pies: Alamar perció, vengada estais. Y tú, anciano respetable, tú á quien debo la vida, perdona las tristes hazañas, que mi deber me prescribia. Yo he servido á mis Reyes y mi patria; ya cumplí con ellos, no contigo; dispon ahora de mi suerte. ¿Quieres honrar á Fernando, recibiendo de él el obse-

quiere que merecen tus virtudes? ¿Quieres huir de Granada, y desterrarte á otros climas? Todo lo puedo, y todo lo haré para suavizar tus desgracias, para seguirte como un esclavo, para obtener tu amistad, mas grata á mi corazón que mi gloria.

Muley le escucha y guarda largo silencio: alza los ojos al cielo, le acusa en lo interior de su corazón, sintiendo haber vivido tanto. En fin, cediendo al destino, echa los brazos á su hija, vertiendo en su seno amargas lágrimas; y, mostrándola á Gonzalo, protégela; le dice, de nuestros crueles enemigos: viva ella, y viva libre.... y no pienses en mí.

Salen luego de la horrible mazmorra, y marchan guiados por Gonzalo hácia el palacio de la Alhambra. Fernando lo ocupa ya, Fernando vencedor, luego que Alamar faltó de la bre-

brecha, envió á Lara á apoderarse del Rey Boabdil. El Monarca tímido, rodeado de eunucos, esperaba temblando las cadenas, y derramaba inútiles lágrimas. Su madre Aixa, puesta á su lado, brillando la cólera en sus ojos, contemplaba en el indigno hijo: llora, le dice, que bien debe llorar como mujer, quien no supo defender el trono de sus abuelos, como hombre.

Lara se muestra en este instante, manda á Boabdil que le siga, y le conduce á los pies de Fernando. El destronado Rey hinca la rodilla, Fernando encubre su desprecio baxo una fingida clemencia, levanta al débil enemigo, á quien conoce y no teme, y le da la libertad.

En fin Granada se rindió. El Español triunfante enarbola, por todas partes, las torres de Castilla, coronando tan felices hazañas con la hu-

manidad para con los vencidos. Lara, Medina, todos los Generales, mandan respetar á un pueblo que tiembla, y hacen sagrados á los ojos del Soldado los asilos de los desdichados. Las murallas estan cubiertas de sangre, pero la ciudad permanece tranquila. Fernando les dexa á los Moros su culto, su libertad y sus bienes; recibe de las manos de Gonzalo al virtuoso Muley y á la tierna Zulema, como á una hija querida, como á un Rey que estimaba por largo tiempo, colmándolos del respeto debido á sus desgracias, de los honores que debe á su estado; y, queriendo dar á Gonzalo el premio debido á sus hazañas, manifiesta al héroe su reconocimiento en los beneficios que prodiga á Zulema.

Á la mañana siguiente, la augusta Isabel, acompañada de su Corte, montada sobre un Caballo blanco que ocul-

tan las piedras preciosas , va á las puertas de la ciudad , en donde Fernando le presenta las llaves ; entra en triunfo , en medio de todo el ejército , que bendice su glorioso nombre , por entre el pueblo maravillado al ver la clemencia de los vencedores. Tranquila y modesta despues de la victoria , protege á los Moros y honra á los Españoles. Gonzalo y Lara , puestos á su lado , la conducen á la Mezquita , convertida ya en templo de Christo. La Reyna da gracias al Dios de los ejércitos , le suplica que vele siempre por el imperio que le confió , pidiéndole , no que ensanche sus límites , sino que le dé las virtudes que pueden hacer felices á sus vasallos.

Sobre este mismo altar , en este mismo templo , pocos dias despues , Gonzalo recibió la mano de Zulema. Muley , vencido por sus virtudes , consintió

(246)

tió en llamarle su hijo, sin dexar de amar á su hija, aunque siguiera la ley de los Christianos. La Reyna y Fernando fuéron testigos de tan dulces nudos: Lara, cuya felicidad se igualaba tal vez con la de Gonzalo, estrechaba en su seno á su amigo; y el mayor de los héroes, el mas fiel de los amigos, la mas amable esposa, empezáron una larga sucesion de dias afortunados y gloriosos.

CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

F I N.